

A person in silhouette stands on a dark shore, looking out at a calm body of water under a sunset sky. The sky transitions from a deep blue at the top to a soft pink and purple near the horizon. The water reflects the colors of the sky. The person is wearing a dark jacket and pants.

# Fantasmas de amor

**VICENTE CABRERA**

FANTASÍAS DE AMOR

VICENTE CABRERA

Derechos de autor © 2020 Vicente Cabrera Lerma

Todos los derechos reservados

Los personajes y eventos que se presentan en este libro son ficticios. Cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, es una coincidencia y no algo intencionado por parte del autor.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida ni almacenada en un sistema de recuperación, ni transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico, o de fotocopia, grabación o de cualquier otro modo, sin el permiso expreso del editor.

*A mis padres.*

# Contenido

[Página del título](#)

[Derechos de autor](#)

[Dedicatoria](#)

[INTRODUCCIÓN](#)

[CAPÍTULO I](#)

[CAPITULO II](#)

[CAPITULO III](#)

[CAPITULO IV](#)

[CAPITULO V](#)

[CAPITULO VI](#)

[CAPITULO VII](#)

[CAPITULO VIII](#)

[CAPITULO IX](#)

[CAPITULO X](#)

[CAPITULO XI](#)

[CAPITULO XII](#)

[CAPITULO XIII](#)

[CAPITULO XIV](#)

[CAPITULO XV](#)

[¡CAPITULO XVI](#)

[CAPITULO XVII](#)

[CAPITULO XVIII](#)

[CAPITULO XIX](#)

[CAPITULO XX](#)

[ACERCA DEL AUTOR](#)

## INTRODUCCIÓN

Se dice que la vida para una persona empieza realmente cuando se enamora.

Sí, en ese momento en que al enamorado o enamorada, se le instala en su mente un pensamiento único y permanente, como es el que tiene respecto a la persona por la que siente un afecto especial.

Luis, uno de los personajes principales de esta novela, no es que sintiera pasión por María, la otra protagonista, sino que en su estreno en el amor a los diecinueve años, podría decirse que era una alienación mental con una pérdida del sentimiento de su propia identidad como consecuencia de la dependencia que sentía por su hallado gran amor, tantas veces anhelado en noches de historias sin fin.

Sí, en esas noches en las que al irse a dormir y estando ya en la cama, su imaginación creaba historias de amor que, como si fuesen realidad, vivía en ese momento con la mujer idealizada y que no tenían nunca final porque siempre se quedaba dormido antes de llegar al “the end”.

Esta novela se refiere a esa relación entre Luis y María, primero como novios y después como casados, así como, al grado de satisfacción que él pudo tener, finalmente, respecto a esas fantasías de amor de su juventud.

## CAPÍTULO I

### *El tilín*

Eran las siete de la tarde del primer sábado del mes de noviembre de 1972 y Luis esperaba a su amigo Manuel en el portalón del Palacio de la Prensa, sito en la Gran Vía madrileña.

Habían quedado para pasar la tarde juntos en la discoteca J J, la cual se encontraba en la planta baja del citado edificio.

Manuel llegó diez minutos tarde —dentro del plazo de cortesía por el que se entiende que alguien llega a su hora—, saludó a su amigo y le comentó que esa tarde tenía que prescindir del baile, pues había quedado con dos chicas para acompañarlas a realizar unas compras en El Corte Inglés.

Asimismo, le preguntó:

—¿Quieres venirte?

Esto lo dijo con cierto interés por su parte, ya que “bebía los vientos” por una de las amigas y así, yendo también su amigo, podía tener más relación de parejita con la que le interesaba.

Luis dijo que no le apetecía, pues deseaba pasar la tarde en la discoteca, bailando y viendo la actuación de Los Pop Tops, grupo musical de gran éxito en esos momentos y del que era ferviente seguidor.

Manuel, sin embargo, le insistía:

—Bueno, para las diez y media o así, seguramente estaremos en el Sherry. Te lo digo, por si tuvieras ganas de acercarte y estar un rato con nosotros.

Sherry, era un mesón que los dos amigos conocían perfectamente, pues habían estado en alguna ocasión y se encontraba en una de las callejuelas aledañas a la plaza del Callao, muy cerca del Palacio de la Prensa, donde se hallaban en ese momento hablando.

—Vale, de acuerdo —dijo Luis.

Para este, la tarde en la discoteca fue estupenda, bailó con varias chicas y, sobre todo un buen rato, con una que era modelo, según ella le comentó. Después, allí mismo, disfrutó del concierto de su grupo musical favorito, los Pop Tops.

Al salir de J J, siendo las diez de la noche y pensando que todavía podía tener un tiempo de entretenimiento, decidió ir al encuentro de su amigo Manuel que, de acuerdo con lo que le había dicho, estaría en Sherry junto a sus dos acompañantes femeninas.

Este mesón era un local en el que se hacían realidad los versos de Antonio Machado:

*“Guitarra del mesón que hoy suenas jota, mañana petenera, según quién llega y tañe, las empolvadas cuerdas”.*

Cualquiera podía coger una guitarra que se encontraba en el establecimiento a disposición del público y, enseguida, por los efectos de los “caldos” que se tomaban y por los sonos del instrumento musical, hacían a la clientela, sobre todo a la femenina, arrancarse a bailar por sevillanas o por cualquier otro baile flamenco, siendo acompañada por el sector de palmeros y por los cantes de todos.

Luis llegó al local y, efectivamente, vio que allí, junto a una mesa, estaban su amigo y las dos chicas de las que Manuel le había hablado. Así que, después de las saluciones de rigor, se sentó junto a ellos.

El camarero, que estaba muy atento, enseguida le trajo una copa y su amigo, inmediatamente, le sirvió de una botella de color negro un oloroso fino de Jerez que también estaban ellos tomando.

El ambiente estaba muy animado, pero sobre las doce de la noche, las chicas dijeron que tenían que irse, por lo que los chicos pagaron entre los dos las consumiciones y junto a sus acompañantes, Rosa y María, que así se llamaban las amigas, salieron del local e iniciaron una caminata que terminó en el Café Nacional, sito en la Glorieta de Bilbao, dónde las dos féminas habían quedado con unos compañeros de trabajo y que Luis y Manuel no pudieron conocer porque las chicas se despidieron a la entrada de la cafetería.

Aunque Rosa ya se lo había advertido a Manuel antes de quedar, sin embargo, el hecho de que ellas continuaran la noche, "no sabiendo cómo", con unos compañeros de trabajo, a Manuel no le gustó nada.

No obstante, antes de despedirse, Luis que, ese fin de semana, se encontraba solo en su domicilio porque sus padres y hermana, con los que convivía, se habían ido al chalé que tenían en la Sierra madrileña, les propuso pasar en su casa la tarde del domingo —día en el que ya se encontraban—, organizando él un pequeño guateque para los cuatro. Así minoraba los efectos de la desilusión en su amigo Manuel, aunque también pretendía poder estar de nuevo con María, pues le había hecho cierto "tilín".

Todos aceptaron.



## CAPITULO II

### *Novios*

Era ya domingo por la tarde y Luis se afanaba en tener todo recogido, porque, aun cuando su madre lo mantenía todo limpio como una patena, sin embargo, al quedarse solo en casa, se despreocupaba un poco dejando todo por medio.

Estaba preparando la intendencia para la fiesta, como bebidas y cosas para picar, cuando sonó el timbre de la puerta.

—¡Ya están aquí! —pensó.

Abrió y efectivamente eran ellos, María venía más guapa todavía de lo que le había parecido el día anterior y, además, tenía cierto aire de inocencia que le hacía más atractiva.

El anfitrión disponía de una batería de discos de música romántica que, durante el transcurso de la tarde, fue pinchando —Beatles, Adamo, Simón & Garfunkel,...— y viendo, en un momento determinado, que la situación se estaba caldeando en el sofá entre Manuel y Rosa, decidió poner “Je t’aime” de Jane Birkin & Serge Gainsbourg, canción que por su sensualidad estaba prohibida en aquellos tiempos en España, pero que, sin embargo, mucha gente había logrado obtener el disco.

Luis, que era bastante tímido, mientras bailaba con María, optó por la vía educada o tonta, según se mire, y le preguntó:

—¿Te puedo dar un beso?

Su pareja de baile, secamente, respondió:

—No.

Durante el resto de la tarde, tampoco pudo intentar alguna aproximación que no fuera la del estricto baile, pues, aunque este era agarrado, sus cuerpos estaban distanciados por los codos de María que actuaban como barrera.

Siendo ya las nueve y viendo que sus padres podían estar al llegar, Luis propuso que le ayudaran a recoger todo un poco y continuar la fiesta en algún otro sitio tomando algo que les sirviera ya de cena. Lo que se aceptó por todos.

En un mesón cerca de Ciudad Lineal, con unas cervezas y alguna que otra ración, pusieron el epílogo a esa agradable tarde, aunque para Luis “improductiva”.

Sin embargo, ello le motivó para proponer alguna que otra quedada, lo que así ocurrió en días posteriores.

Unas pocas veces más salieron los cuatro, pero un día, Luis decidió pedirle a María pasar alguna tarde los dos solos. Siendo aceptado por ella.

Se citaron unos cuantos días más para ir al cine, a merendar, al parque del Retiro, etc, pero llegó el inicio del período navideño y María acostumbraba a desplazarse en esas fechas a casa de sus padres que vivían en un pueblo de Badajoz, de donde también era ella. Así que, el fin de semana anterior a su partida, Luis, cogiendo fuerzas, le propuso que, a partir de ese momento, podían considerarse novios.

Ella, sin pensarlo mucho, aceptó.

El ahora “prometido”, sin preguntar ya nada, se decidió y le dio un beso en la boca.

El día que María viajaba a su pueblo, Luis la acompañó a la estación de autobuses de Auto Res.

Estuvieron charlando un buen rato y, cuando avisaron por los altavoces de que el autobús con destino a Badajoz estaba ya preparado en la dársena correspondiente para su salida inminente, se dieron un beso prolongado. Acto seguido, ella accedió al vehículo.

El autocar inició la marcha y María, desde una de las ventanillas, decía adiós con la mano mientras Luis, viendo como se iba alejando, notaba un sentimiento de tristeza como nunca antes le había ocurrido.

Estaba enamorado.

## CAPITULO III

### *Rosa*

Era el día de Navidad y Luis se levantó tarde. No tenía nada previsto hacer ese día, salvo asistir a la comida familiar con sus padres y hermana, por lo que se alegró cuando recibió una llamada de Rosa, la amiga de María y amada por su amigo Manuel, pidiéndole que fuera a su casa para ver que le ocurría a un tocadiscos que de repente le había dejado de funcionar.

Luis, sin preguntarse siquiera del por qué se lo pedía a él y no a su amigo Manuel, dijo:

—Por supuesto, no te preocupes, esta tarde me acerco.

Llegó a casa de Rosa sobre las seis y se sorprendió al ver que le recibía vestida con una bata sugerente y, como saludo, le daba un prolongado beso en la mejilla, muy cerca de la comisura de la boca.

El novio de María pasó a revisar el aparato averiado y observó que el cable se encontraba dañado por un ligero corte en el extremo de la clavija y dándose cuenta, además, del vestuario de Rosa, le hizo pensar que podía querer “rollete”.

Sin embargo, como también creyó que podía ser una encerrona para poner a prueba su fidelidad, por el hecho de que la que era ya su novia se encontraba fuera de Madrid, optó, una vez arreglado el cable del tocadiscos, por despedirse y marcharse, alegando que había quedado con sus padres para llegar pronto a casa, pues esa tarde tenían visita de unos familiares.



Dos días después de Navidad, María regresaba de su pueblo, dado que no disfrutaba de mucho permiso y tenía que trabajar.

Nada más llegar, una de las primeras cosas que hizo fue llamar a Luis por teléfono para que supiera que ya estaba nuevamente en Madrid y también para decirle que lo había echado de menos.

La Nochevieja, la celebraron juntos asistiendo a un guateque organizado por uno de los amigos de Luis.

Estuvieron toda la noche bailando y divirtiéndose con juegos en los que todos participaban, como el baile de la escoba, el de la patata, el de las sillas, etc., y, a la mañana siguiente, los que todavía resistían, como María y Luis, dieron por concluido el guateque y decidieron dirigir sus cuerpos cansados hacia una cafetería cercana para tomar un calentito chocolate con churros.

## CAPITULO IV

### *La confianza de Rosa*

Unos días después, Luis fue a ver a su amigo Manuel que vivía en la calle de Alcalá cerca de la Plaza de Roma, donde también el padre de este tenía una tienda dedicada a la venta de zapatos y en la que el hijo, de vez en cuando, ayudaba como dependiente, aunque sin muchas obligaciones.

Manuel, que se encontraba en la zapatería, al ver llegar a su amigo, se quitó la bata del trabajo y, dejando la tienda a cargo de un empleado que tenía su padre, se marchó con Luis.

Los dos amigos se fueron a pasar la tarde, como tenían acostumbrado, a unos billares cercanos que se encontraban al lado del cine Benlliure.

Mientras jugaban una partida de billar, Manuel le comentó a su amigo:

—Me ha dicho Rosa algo que te lo quiero contar, ya que eres mi amigo y veo que estás saliendo con María en plan de novios.

Le tocaba jugar a Luis y en ese momento, ante una carambola sencilla, falló.

—A ver, cuéntame.

Con un tono de voz bajo para que quedase únicamente entre ellos, Manuel continuó:

—Parece ser, que María está liada con su jefe, quién también lo es de Rosa en la empresa donde trabajan las dos y que, además, es un hombre que está casado y con hijos.

Luis se quedó petrificado, ya que las manifestaciones de amor que había tenido hasta ese momento por parte de María, las había percibido como muy verdaderas, pues ella, nunca se oponía ni discrepaba respecto a lo que él proponía o decía y, también, ya habían mantenido varios encuentros íntimos pasando juntos fines de semana en casa de él, cuando sus padres se marchaban a la Sierra.

Además, ella le había comentado que no tenía ninguna relación en esos momentos, aceptando ser su novia. No entendía nada.

Al día siguiente por la tarde, Luis quedó con María para enseñarle un piso que sus padres tenían en el barrio de Moratalaz.

Lo habían comprado recientemente y se hallaba prácticamente vacío, pues allí solamente había una mesa y un somier a modo de cama.

Una vez que terminó de mostrarle a María las diferentes estancias, Luis se quitó el abrigo que llevaba puesto, lo puso sobre el somier que se encontraba en una de las habitaciones e, inmediatamente, pasaron a dar rienda suelta, en la cama improvisada, a la pasión propia de enamorados.

Terminada la efervescencia del momento y ya relajados, Luis le contó a su novia lo que le había dicho Manuel el día anterior.

María quedó estupefacta y, con cierto nerviosismo y enfado, lo negó, diciendo que nunca había tenido una relación con su jefe.

Sin embargo, después de hablar un rato, confesó que sí, pero que solamente había sido algo pasajero y que ocurrió hacía ya tiempo, por lo que actualmente la única relación que tenía con él era la estrictamente laboral.

Así quedó la cosa y nada más llegar a su casa, Luis llamó a su amigo Manuel para contarle la conversación que había mantenido con María, a lo que su amigo respondió:

—Siendo así, me alegro.

Sin embargo, a los pocos minutos, Luis recibió una llamada de Rosa, la amiga de su novia, quién, sin tan si quiera saludarle con un hola, le dijo:

—Mira Luis, veo que estás muy colado por María y me da pena, ya que creo que eres buen chico y no mereces que te esté engañando.

—Me ha contado Manuel —continuó hablando—, lo que ella te ha dicho respecto a la relación con nuestro jefe y, aunque, en un principio, ella se enemistó conmigo, después se lo explicaré y creo que lo entenderá, te comento que María continúa viéndose con José Heredia, nuestro jefe, siendo ella, además, quien lo llama para quedar.

—Pregúntale a María —siguió Rosa—, sobre esa noche, unos días antes de Navidad, en la que José nos llevó a nuestras casas en su coche después de haber estado ayudando a montar el Belén en la empresa. Sí, pregúntale, sobre qué pasó en los asientos delanteros entre ella y José, cuando este paró en un lugar discreto para despedirse de nosotras, y mientras yo me hacía la dormida en la parte de atrás.

Luis, después de lo que Rosa le había contado y viendo, además, que, en esos días a los que ella se refería, podía ya estar saliendo con María como prometidos, en cuanto tuvo la primera oportunidad le preguntó a su novia sobre ello y eso sucedió al día siguiente por la tarde, ya que habían quedado para dar un paseo.

María viéndose acorralada por la declaración de su amiga, contestó:

—Sí, bueno, no sé, fue únicamente esa noche, una calentura, estábamos en el coche y creyendo que Rosa estaba dormida, la intimidad del momento y los recuerdos hicieron que sucediera lo que no tenía que haber ocurrido.

Luis no necesitó más, después de que la llamara de todo menos bonita, le dijo:

—Hasta aquí hemos llegado —y se marchó.

## CAPITULO V

### *El pasado de María*

Un día primaveral del mes de marzo de 1973, Luis había quedado con su amigo Pablo, al que conocía desde que eran niños, para ir a echarle una mano en el trabajo que este tenía en una empresa de seguros y a la que iba por las tardes para hacer fotocopias de documentos que le dejaban sus compañeros de la mañana.

Así, con la ayuda, el amigo terminaba antes las tareas que tenía encomendadas y luego podían marcharse juntos a tomar unas cervezas a un “pub” donde solían coincidir con otros conocidos.

Mientras trabajaban, Pablo le preguntó al amigo por su relación con María, a lo que este le contestó que la había dejado.

Ante la respuesta, Pablo, en un principio, puso cara de sorpresa, pero acto seguido y dado que también había tenido oportunidad de conocer a María en la pasada fiesta de Nochevieja, donde coincidieron los tres, le comentó:

—Pienso que es lo mejor que has podido hacer, pues creo que esa chica no te convenía. Has empezado la carrera de Ingeniero de Caminos, por lo que necesitas una relación más tranquila y que no te interfiera negativamente en los estudios. Además, te voy a decir una cosa, en esa chica se puede ver perfectamente que tiene ya mucha “vida”.



No había transcurrido mucho tiempo después de haber roto con su novia, cuando una vez pasadas las vacaciones de Semana Santa, estando Luis estudiando en su habitación, su madre abrió la puerta y le dijo:

—Ponte al teléfono, que te llama una tal María.

Luis, tuvo deseos de no ponerse y colgar, pero su educación pudo más y contestando a la llamada, preguntó escuetamente:

—¿Sí?

—Hola Luis, soy María y te llamo para decirte que te echo de menos y que, de verdad, la relación que tuve con ese hombre hace tiempo que terminó. Lo que sucedió en su coche antes de Navidad fue algo que no tenía que haber ocurrido y, bueno, te pido que me perdones, que trates de olvidar y que volvamos a salir.

Su interlocutor quedó en silencio, aunque no colgó, por lo que María continuó hablando

—Te necesito, estoy sola y me encuentro en el paro, ya que me han despedido. Así que, mira, mejor, porque ya no estoy trabajando con José —hizo una pequeña pausa y siguió diciendo:

—Aunque, lo más importante de todo, es que te quiero.

Efectivamente, contó a Luis que tanto a Rosa como a ella les habían despedido de la empresa en la que también trabajaba José Heredia y que ahora había vuelto a limpiar casas, como ya lo hacía antes de entrar en Creaciones Granada.

Luis continuó hablando con ella, ya que en realidad no había logrado olvidarla y, además, seguía queriéndola. Así que, como un Capitán Trueno dispuesto a salvar a su amada Sigrid, aceptó volver a verse.



Un domingo, estando los dos disfrutando de un íntimo y ardoroso encuentro de fin de semana en casa de Luis, este preguntó a María:

—¿Con cuántos hombres te has acostado antes de conocerme?

María contestó:

—Mira, como sabes, tengo veintitrés años —Luis tenía diecinueve— y desde los quince estoy en Madrid. Estuve como criada sirviendo en casas hasta el año pasado en el que conocí a José Heredia y por su mediación me contrataron en Creaciones Granada.

Y continuó diciendo:

—He salido aquí en Madrid con cuatro chicos, tuve también un novio en el pueblo con el que rompí el año pasado y, bueno, lo de mí exjefe ya lo conoces.

—Yo le estaba muy agradecida por lo que había hecho por mí y creo que por eso lamentablemente me vi con cierta dependencia de él, pero, bueno, doy gracias porque ya eso terminó.

Luis quedó sorprendido por ese gesto de sinceridad por parte de María y aunque pensó que su actividad amorosa había sido algo numerosa, sobre todo en relación con la de él, que no había tenido nada con ninguna chica antes de conocerla, se dijo a sí mismo:

—Bueno, pues nada, realmente ha sido todo antes de prometernos.

Pasado el tiempo descubriría que, aun cuando era verdad lo que le contaba María sobre su pasado amoroso, sin embargo, no lo era en relación con lo que ocurría en esos momentos.

A partir del reinicio de su relación, la pareja quedaba todos los días para verse y los fines de semana disfrutaban de sus momentos más íntimos y pasionales en la casa familiar de Luis, pues sus padres seguían dejándolo solo al desplazarse estos a la Sierra.

Manuel y Pablo ya no contaban con su amigo para ir a divertirse y el curso de éste en la Universidad fue un verdadero desastre, ya que estaba totalmente abstraído en su relación con María.

Era feliz saliendo de nuevo con ella, pero no llegaba a estar tranquilo, pues siempre tenía “la mosca detrás de la oreja”, dado que ella vivía a escasos cien metros de su antigua empresa y en esta seguía trabajando el “querido” exjefe.

Por tanto, en algunas ocasiones tenía discusiones con su novia por preguntas que le hacía sobre aquella relación, aunque siempre terminaban en amorosas reconciliaciones.

María acompañaba a Luis a todo lo que fuera, como por ejemplo, a los partidos de fútbol que este jugaba los sábados con sus amigos y aceptaba ir a todo lo que él proponía, aunque fuera para ella ver un rollo de película, un tostón de obra de teatro o asistir a un aburrido concierto de música clásica.

Todo eso, al prometido le parecían pruebas más que suficientes del amor que su novia podía sentir por él; aun cuando las dudas no acababan totalmente de desaparecer.

Luis, visto el desastre de su experiencia universitaria, decidió que, cuanto antes, había que quitarse de en medio la mili, es decir, el servicio militar obligatorio que en aquellos tiempos estaba vigente, por lo que se apuntó voluntario para pasarlo en el Ejército del Aire, siendo aceptado e incorporándose a filas en el verano de ese mismo año.

La relación con María continuó y durante los tres primeros meses de mili, que Luis pasó destinado en la base aérea de Torrejón de Ardoz, ella se desplazaba desde Madrid todas las tardes para verlo y pasar un rato con él.

Después de ese período de recluta, fue trasladado a unas oficinas del Ejército del Aire en Madrid, en donde realizaría el resto del servicio militar, es decir, un año más.

Durante ese tiempo, los encuentros con María seguían siendo diarios, ya que, incluso, cuando el novio tenía guardia de veinticuatro horas, este solía convencer al sargento de turno para que lo dejara salir un rato y así poder tomar un café con su novia en alguna cafetería cercana al cuartel.

Luis, cada día que pasaba la quería más, pensando también que tenía una gran suerte, ya que, después de los conflictos iniciales, todo se desarrollaba felizmente, aunque, eso sí, de vez en cuando “la mosca” de la duda le seguía incomodando, sobre todo cuando en algún momento se paraba a pensar en que las iniciativas en cuanto a manifestaciones de amor siempre partían de él y que nunca María le había sorprendido con un cariñito, con un beso, con una caricia, ni tan siquiera, con un “te quiero”, es decir, ella solamente se dejaba llevar.

El novio, sin embargo, quería convencerse de que esa actitud de María podía venir dada por los fracasos amorosos que había tenido anteriormente con otros.

Unos días antes de llegar las fiestas navideñas de ese año, Luis habló con sus padres sobre la posibilidad de invitar a María a cenar en Nochevieja, ya que, como el año anterior, después de visitar a su familia en el pueblo, ella regresaría a Madrid para recibir al Año Nuevo en compañía de su novio.

Los padres de Luis, por supuesto, no pusieron ninguna objeción, es más, su madre pensó que así conocería a la chica que dejaba los pelos en la habitación de su hijo y que ella descubría cuando limpiaba los lunes.

Luis estaba contento y feliz, era la presentación en familia de su novia, así que, unos días antes, acompañó a María para comprarse algo de vestuario que fuera apropiado para el evento.

En una de las tiendas que visitaron, María se probó uno de los vestidos y a su novio le pareció al verla que era la mujer más bella del mundo. Por tanto, ese vestido sería el elegido por los dos.

Ella vivía cerca del barrio de la Concepción, donde tenía alquilada una habitación a una señora mayor con la que compartía piso, así que, la noche de Fin de Año, unas horas antes de la cena, Luis se desplazó desde su casa en autobús hasta allí para regresar junto a su novia.

La velada de la cena se desarrolló con mucha cordialidad, aunque, tiempo después, Luis se enteraría por su madre de que a su padre, desde ese primer momento, nunca le gustó esa chica para él.

Después de cenar y de tomar las tradicionales uvas con el sonido de las doce campanadas, los novios se despidieron de la familia anfitriona y se fueron a recibir el Año Nuevo a un guateque que habían organizado unos amigos.



## CAPITULO VI

### *La boda*

Era ya 1974 y la mili estaba pasando para Luis como si fuera un trabajo de administrativo, ya que estaba destinado en unas oficinas del Ejército del Aire en Madrid, donde llevaban el control de todo tipo de suministros; desde gasolina para los coches oficiales hasta los artículos y productos del economato para los militares.

Tenía una jornada laboral de ocho horas y cada semana debía realizar una guardia de un día completo.

Por las tardes, siempre quedaba con María para merendar o para dar una vuelta, incluso, como antes ya se ha dicho, los días que le tocaba guardia en el cuartel.

Los sábados, normalmente, la feliz pareja los dedicaba para ir al cine o al baile y después, por la noche, acababan en casa de Luis, pues seguía quedándose solo los fines de semana, y ahí pasaban también los domingos hasta que llegaba una hora prudencial para irse, no fuera que llegaran los padres del prometido y les pillaran.

Con el inicio del verano y faltándole a Luis prácticamente tres meses para terminar la mili, iba a disfrutar de unos días de permiso, así que, como sus padres y hermana acostumbraban a pasar todo el período estival en la casa de la Sierra, les propuso acompañarlos junto a María durante esos días de licencia.

Los ascendientes no pusieron ningún inconveniente y aceptaron.

Uno de los días, estando ya en la casa vacacional, los padres tuvieron que desplazarse a Madrid, saliendo muy temprano por la mañana, sin embargo, la pareja de enamorados no se encontraba sola en casa, ya que con ellos se habían quedado la hermana y la abuela de Luis, pues esta también los había acompañado para pasar esos días de estío en un ambiente más llevadero que el de Madrid, en cuanto a calor.

María aprovechó esa tranquilidad matinal para entrar en la habitación donde Luis dormía, ya que no lo hacían juntos, porque ni por lo más remoto él se hubiera atrevido a proponer a sus padres, muy clásicos y conservadores, compartir habitación con su novia.

Al rato de estar disfrutando de un momento pasional, la pareja fue sorprendida por la abuela del joven al abrir inesperadamente la puerta de la habitación.

Ello propició una discusión entre abuela y nieto, así que, este, en cuanto regresaron sus padres, les dijo que él y su novia se marchaban; lo que hicieron tomando el primer tren de la tarde que se dirigía a Madrid.



Terminado ya el corto período vacacional de Luis, el verano venía transcurriendo para los novios según lo antes acostumbrado, es decir, viéndose todas las tardes y pasando los fines de semana en la casa familiar del joven.

Un día caluroso del mes de agosto, estando los dos refrescándose en la piscina municipal de La Elipa, María comentó a su novio que tenía un retraso en la regla.

Aun cuando estaban tumbados sobre unas toallas en el fresco césped y debajo de la sombra de

un árbol, Luis encajó la noticia con un cierto acaloramamiento interno, así que, sin decir nada, se levantó y se tiró de cabeza a la piscina.

Una vez que salió y se secó con la toalla, le preguntó a su novia:

—¿Estás segura?

Respondiendo secamente María:

—¡Hombre! ¡Luis!

Durante varios días de incertidumbre en esta situación, es decir, sin que a ella le viniera la regla, esto derivó en una gran preocupación para los dos, por lo que resolvieron comprar un test de embarazo y que María se hiciese la prueba.

El resultado fue positivo.

En la época, ante un hecho como este, había que casarse y así lo decidieron. Además, había que hacerlo cuanto antes y, por supuesto, también había que transmitir la noticia a los padres.

María no tuvo mucho problema con los suyos, ya que Luis le había prometido pasar por el altar y, además, así la hija, que se encontraba en esos momentos en paro y viviendo sola en Madrid en una habitación de alquiler, iba a estar “protegida” por una familia.

Sin embargo, Luis si tuvo complicaciones con los suyos, ya que, al contarles el “accidente”, su padre intentó convencerle para que no se casara, pues, en primer lugar, María le parecía que era una chica “ligera de cascos”, en segundo lugar, porque pensaba que Luis no tenía que hipotecar su vida dejando la posibilidad de realizar una carrera universitaria y en tercer lugar, porque no tenían ni trabajo ni casa donde vivir.

Luis, que estaba muy enamorado, no aceptó las posibles soluciones que sus padres le presentaron y, por tanto, estaba dispuesto a casarse con María.

La discusión con su padre fue bastante elevada de tono, finalizando con rotundidad por parte del hijo al decir:

—Me caso porque soy mayor de edad —acababa de cumplir veintiún años, mayoría de edad en aquellos tiempos—, porque la quiero y porque creo que ella me corresponde —en esto erraba, como después descubriría—.

El resto del mes de agosto, los novios lo dedicaron a los preparativos para la boda y dado que María estaba embarazada de dos meses, acordaron con la parroquia correspondiente, en virtud de la situación, una fecha para casarse que no fuera muy alejada en el tiempo.

Unos quince días antes de la celebración de la boda, se desplazaron a Madrid los padres de María, pues el padre de Luis quería hablar con ellos para tratar de lo que podía aportar cada familia para que, como les dijo en una reunión que tuvieron en una cafetería: “estos chicos puedan contar con una liquidez inicial para los gastos que se les avecinan, ya que, actualmente, ninguno de los dos tiene trabajo”.

También se daba la circunstancia de que los padres de Luis habían vendido recientemente el piso que tenían en Moratalaz, de lo que en ese momento se arrepentían, pues el dinero recibido por la venta lo habían invertido en reformas del chalé que tenían en la Sierra madrileña.

Luis tampoco disponía de dinero, ya que se había dedicado solamente a estudiar y ahora, además, aunque terminando ya, seguía realizando el servicio militar obligatorio.

María tenía aproximadamente cincuenta mil pesetas ahorradas y los padres de Luis estaban dispuestos a dar cien mil.

Sin embargo, ante la sorpresa de todos, los padres de la novia dijeron, en un principio, que no podían dar nada, aunque, después de hablar un rato con el padre del novio, quedaron en que se lo pensarían.

Esa noche, Luis le dijo a María que si sus padres no daban nada, entonces él no se casaba.

Al día siguiente, su novia le comentó que estaban dispuestos a dar cincuenta mil pesetas, por lo que junto a las otras cincuenta mil de ella, igualaba lo que aportaba Luis con la ayuda de sus progenitores.



A la boda asistió la familia de María y, por parte de Luis, únicamente sus padres y su hermana, ya que no se había invitado a nadie. Primero, porque no se iba a celebrar con banquete y segundo, porque en aquellos tiempos no estaba bien visto casarse “por el sindicato de las prisas”

En la ceremonia y ante el altar, el novio, por lo feliz que estaba, nunca se hubiera podido imaginar que, junto a los protagonistas principales, él y María, los padrinos y el embrión que llevaba la novia en su vientre, había algo más en el interior de ella junto al bebé en ciernes, como pasados los años se le desveló a Luis y que, de haberse enterado en ese momento, hubiera dejado plantados a todos, yéndose con los suyos sin casarse.

Después de celebrada la boda y dado que fue un día por la tarde, los recién casados se fueron solos a cenar en un restaurante del centro de Madrid, para después pasar la noche ya en su hogar; el piso que habían alquilado gracias a la búsqueda realizada por la madre del novio.

Pasaron una romántica noche de bodas, aunque no hubo viaje de luna de miel.

## CAPITULO VII

### *El empleo*

La vida se desarrollaba feliz para los recién casados mientras esperaban que el padre de Luis obtuviera para este, un puesto de trabajo en la Administración del Estado, concretamente en el Organismo donde él ascendiente trabajaba, así como, una vivienda de protección oficial por medio de alguna recomendación.

Al padre de Luis “le repateaba las tripas” tener que pedir favores, ya que era un hombre muy orgulloso.

Llegaron las Navidades de ese año, las primeras de casados, y la feliz pareja fue invitada a la cena de Nochebuena en casa de los progenitores de Luis.

Su padre, en el momento en el que todos se habían sentado para cenar, dijo:

—Tengo que daros una buena noticia, pues hoy me han comunicado que se ha conseguido el trabajo para Luis —y dirigiéndose a este continuó diciendo.

—Te incorporas a primeros de febrero al Servicio de Administración en el Organismo donde yo trabajo.

La alegría fue inmensa para todos y después de los postres, al tiempo de deleitarse degustando los dulces navideños típicos, como turrónes y polvorones, brindaron con cava por la feliz noticia; María, embarazada, solamente se mojó los labios.

La Nochevieja también la celebraron en casa de los padres de Luis y la toma de las doce uvas fue acompañada de una gran alegría y, sobre todo, de esperanza para la vida futura de la feliz pareja, así como, de su vástago que venía de camino.



El primer lunes del mes de febrero de 1975, Luis se incorporaba al trabajo que su padre había conseguido para él y lo hacía como funcionario interino —posteriormente se consolidaría como funcionario del Estado mediante la realización de una oposición interna—.

Inicialmente, se dirigió al Departamento de Personal, donde debía presentarse para realizar los trámites administrativos acostumbrados en relación con el alta en la plantilla del Organismo.

El jefe del citado Departamento, tuvo la deferencia de recibirlo personalmente y darle la bienvenida, algo que no solía hacer con los nuevos, pero, en este caso, era amigo de su padre y, además, había participado en la rápida solución laboral del nuevo trabajador.

Hay que señalar, eso sí, que el padre de Luis, posteriormente, tuvo que corresponder con costosos regalos a todo aquel que había intervenido en el logro de ese puesto de trabajo para su hijo.

El jefe de Personal se dirigió al nuevo empleado diciéndole:

—Luis, como tu padre me habló de lo que hacías en la mili, donde llevabas temas de contabilidad, pensé que el departamento más apropiado al que te podrías incorporar debía ser el Servicio de Administración y, por ello, les trasladé esa información de ti, dado lo cual, el propio administrador me ha dicho que sí, que quiere que te destine con él.

—¡Ah! Y una cosa —continuó diciendo esbozando una sonrisa—, ahí se dan buenas

gratificaciones.

Sin más, salieron del despacho y se dirigieron al mencionado Servicio de destino del novato, que estaba en la misma planta del edificio, siendo recibidos al llegar por el administrador y por tres funcionarios que iban a ser sus compañeros de trabajo.

Luis era un chico espabilado, pues hay que señalar que en esos momentos todavía tenía veintiún años y ello no fue obstáculo para que pronto se hiciera con el trabajo, consiguiendo, además, fama de buen funcionario.

Los conocimientos que traía de su paso por la mili, le sirvieron para que rápidamente promocionase, llegando a ser en tres años el titular del Departamento, cuando el actual se jubiló, es decir, consiguió ser, en tan poco tiempo y con veinticuatro años de edad, el administrador del Organismo.

Pero no adelantemos acontecimientos, ya que a los dos meses de que Luis empezara a trabajar, nació su hijo —la “causa” de su cambio de vida—, al que se le puso el nombre de David.

Luis estaba encantado, después de todos los problemas que había causado el hecho de tener que casarse “por las prisas”, ahora, con la obtención de un trabajo y la venida de su hijo, aquellos se habían diluido.

Era muy feliz y pensaba que su mujer también, pero esta, sin embargo, lo era a su manera, como tiempo después el marido pudo descubrir.

## CAPITULO VIII

### *David y Lauro*

El piso que habían alquilado cuando se casaron, tuvieron que dejarlo dos meses después de que naciera el niño, ya que el arrendador lo necesitaba para su hijo. Así que, como era final de junio cuando tuvieron que marcharse, decidieron irse con los padres de Luis al chalé que tenían estos en la Sierra.

El marido de María, excepto en el mes de agosto que lo tuvo de vacaciones, todos los días, a primera hora de la mañana, se desplazaba a Madrid para realizar la jornada laboral correspondiente, regresando al mediodía para comer junto a su familia, sin tener que volver al trabajo por la tarde al ser verano y realizar jornada intensiva.

Pasado el período estival y empezando a hacer frío en la Sierra, sobre todo por las noches, debían regresar a Madrid, pero al no disponer de una casa dónde vivir, María y Luis aceptaron el ofrecimiento de los padres de él para que residieran junto a ellos en su piso.

La feliz pareja dormía en la habitación de soltero de Luis, que no era muy grande, y junto a la cama de 105 cm pusieron la cuna del niño, ocupando así todo el ancho de la habitación de pared a pared, por lo que el matrimonio tenía que acostarse y levantarse por el pie de la cama.



En octubre, Luis regresó a los estudios universitarios, asistiendo a clase por las tardes cuando salía del trabajo, pero no para continuar los de Ingeniero de Caminos, sino para iniciar los de Económicas.

Esa decisión fue tomada al ver que en la Administración del Estado primaban los conocimientos de esa carrera y los de Derecho, decantándose por realizar la primera.

Al finalizar ese año, 1975, como consecuencia de la muerte de Franco, en el Organismo en el que trabajaba, así como en otros de la Administración del Estado, se produjo cierta inquietud entre los funcionarios y demás personal, ya que no se sabía que iba a suceder, pues todo eran rumores en cuanto a que desaparecieran Ministerios y Organismos, así como que se crearan otros nuevos, por lo que podían darse, si no despidos, sí traslados.

Pero todo esto, a Luis no le importaba mucho, ya que tenía otra preocupación y es que, aun cuando la convivencia familiar era buena en la casa de sus padres, sin embargo, no se encontraba totalmente a gusto, pues él quería vivir de manera independiente junto a su mujer y su hijo.



Siendo ya 1976, Luis que, como se ha dicho anteriormente, había iniciado en el año precedente los estudios de Económicas, hablando un día con Fidel, un compañero de clase, sobre los problemas que tenía para poder disponer de una casa sin tener necesidad de convivir con sus padres, el compi le sorprendió gratamente al decirle:

—Pues mira Luis, yo tengo un piso amueblado en el barrio de San Fermín y, si quieres, te lo puedo alquilar por cinco mil pesetas al mes.

Luis aceptó inmediatamente.

No obstante, no estuvieron mucho tiempo en el piso de Fidel, pues, aunque lo habían ocupado en el mes de enero, nada más comenzar el mes de marzo tuvieron la feliz noticia de la concesión del piso de protección oficial que estaban esperando.

Se encontraba en la zona norte de Madrid y no era muy grande, solamente cincuenta metros cuadrados, pero, sin embargo, estaba muy bien distribuido y sobre todo les sacaba del apuro de no tener un “nido” propio donde vivir con su hijo.

La vida, para el matrimonio, era tranquila y feliz, pues, gracias al padre de Luis, se habían solucionado los problemas iniciales de falta de trabajo y de carencia de un hogar.



Tres años después de nacer su hijo David, tuvieron otro, que también era varón, y al que pusieron por nombre, Lauro.

Con la llegada de este otro hijo, el matrimonio pensó que ya eran suficientes y decidieron que María tomase pastillas para evitar otro posible embarazo.

Aun cuando se había suprimido el Organismo en el que Luis trabajaba, teniendo que dejar su cargo de administrador, sin embargo, a este no le importó mucho, ya que, por la buena fama conseguida en el desempeño de ese puesto, consiguió otro de las mismas características en un organismo estatal recientemente creado, por lo que su nivel de obtención de ingresos no mermó, es más, incluso aumentó.

María, mientras tanto, se ocupaba de la casa, de su marido y de los hijos, aunque más tarde se desvelaría que, en esos tiempos, también “atendía” a otros menesteres.

Luis, en el nuevo trabajo, tenía jornada laboral de mañana y tarde, lo que se llamaba dedicación exclusiva y siempre que no se lo impidiese alguna reunión o comida oficial que por su cargo debía asistir, procuraba ir a su casa para comer junto a su mujer y sus hijos, ya que para él esto suponía disfrutar de un pequeño oasis de tiempo durante el día, pues también continuaba con los estudios de Económicas por la tarde, después de la salida del trabajo, lo que conllevaba que muchas veces al volver a casa por la noche viera a sus hijos ya dormidos.

La vida del matrimonio transcurría sin dificultades económicas y, además, los fines de semana se desplazaban con sus hijos a la casa familiar de la Sierra, donde los padres de Luis no les permitían el más mínimo gasto.

Sin embargo, de vez en cuando Luis recordaba aquellos tiempos de noviazgo con María, saliendo a escena nuevamente sus dudas sobre la continuidad de su relación secreta con su antiguo jefe, por lo que, algunas veces, le preguntaba por ello y a lo que ella normalmente respondía airadamente con evasivas, terminando en discusiones.

Esas cuestiones que traían de cabeza al marido, siempre se referían al período de su noviazgo con María, sobre el que pensaba que ella y su exjefe podían haber continuado viéndose en secreto, no pasándosele por la cabeza ninguna duda sobre la fidelidad de su mujer desde que se casaron.

Pobre Luis.

## CAPITULO IX

### *El regalo*

Era ya 1990 cuando Luis, que había cumplido recientemente los treinta y siete años, tuvo que dejar el cargo que tenía en la Administración del Estado por ser suprimido el Organismo en el que estaba adscrito, pero, como era ya funcionario de carrera, al haberlo conseguido mediante oposición, no tuvo problemas para ser recolocado con una categoría y emolumentos similares en el Ministerio matriz al que pertenecía la institución suprimida.

En ese año, ya que los chicos eran mayorcitos, María se colocó de limpiadora en una empresa de limpieza de oficinas, teniendo que ir a trabajar por las tardes con una jornada parcial de cuatro horas. Así, ayudaba a la economía familiar y también servía para que, el día de mañana, tuviera una pensión de jubilación.

Un día que Luis fue a comer a casa —normalmente lo hacía así, aunque luego tuviera que regresar al trabajo para realizar la jornada de tarde—, María le sorprendió enseñándole una miniatura de baño hecha de porcelana, que, según ella, le había regalado Carmen, una vecina con la que en ocasiones quedaba para hacer algo de ejercicio caminando por el barrio.

El motivo de ese regalo, según la esposa, era que, como coincidió su cumpleaños con el día anterior que salieron juntas a pasear, una vez que terminaron la caminata, invitó a Carmen a tomar un café en una cafetería cercana y hoy, que habían quedado de nuevo, le había venido con ese regalo.

Hasta ahí le pareció a Luis todo normal, pero, sin embargo, observó que por las características de la cerámica el regalo debería de ser caro y pensó que no guardaba lógica relación entre lo que podía valer ese detalle con el que había tenido María, es decir, con la invitación de un café que costaba aproximadamente unas cuarenta pesetas.

Luis se había fijado en el sello de marca de la cerámica, Echeveste, y sabía que esta empresa, que se dedicaba a la venta de saneamientos, tenía su tienda de exposición en la calle Santa Engracia, no muy lejos de donde él trabajaba. Así que, un día, coincidiendo con la hora del desayuno, le dijo a su secretaria:

—Voy a salir para hacer una gestión bancaria.

Luis fue paseando hasta el mencionado establecimiento y, cuando llegó, vio a través del escaparate una pieza igual que la regalada por Carmen a su mujer, pero no tenía señalado el precio, por lo que pasó al interior de la tienda para preguntar.

—Mil pesetas, señor —le indicó un dependiente muy amable que al mismo tiempo pasó a explicarle que la escultrita había sido elaborada con porcelana fina y que era de gran calidad, de ahí su precio.

Luis salió de la tienda, se paró nuevamente delante del escaparate contemplando la porcelana y se preguntó: "¿Cómo se puede regalar algo tan caro como correspondencia a la invitación de un café?"

Al girarse ya para marcharse, ¡oh!, ¡sorpresa!, por detrás de él cruzaba andando José Heredia, el antiguo jefe de su mujer y con el que ella, en tiempos, había mantenido una relación secreta como amantes, pues él estaba casado.

Luis lo conocía, porque coincidió con él en una comida con compañeros de trabajo de María al



principio de salir con ella, cuando todavía no sabía de esa secreta relación, y, además, por su forma de andar era inconfundible, ya que era cojo de una pierna por tenerla totalmente rígida.

El tal José Heredia, no se había fijado en Luis, así que este, guardando una distancia prudencial para no ser visto, le siguió, observando que se paraba a charlar con quienes parecían ser unos compañeros de trabajo en la puerta de un Centro de Salud de la Comunidad de Madrid y que unos minutos después entraban todos en esas dependencias sanitarias.

—¡Qué casualidad! José Heredia parece ser que tiene el trabajo en una calle muy cercana a la tienda de Echeveste —se dijo Luis asimismo.

Ni que decir tiene que, en cuanto llegó a su casa, de lo primero de lo que habló con su mujer fue de esa coincidencia. Respondiéndole ella con rotundidad:

—Pues sí, que casualidad.

Los chicos no estaban, por lo que entre los dos se inició una discusión acalorada, con insultos recíprocos, dando lugar a que, finalmente, Luis estrellara contra el suelo el "regalito", es decir, la miniatura de porcelana .

El marido cabreado, sin comer y dando un portazo., se marchó.

Luis no paraba de pensar en lo que había ocurrido y en lo que podía hacer para enterarse de la verdad, ya que dudaba de la versión que había dado su mujer.

La solución, en principio, estaba clara, debía preguntar a Carmen para ver si efectivamente había sido ella quién le había hecho el regalo a María, pero pasaban los días y no se atrevía, pues seguía queriendo convencerse de que no podía ser que su mujer fuese tan ruin como para seguir manteniendo aquella antigua relación.

Pensaba, además, que con él siempre había sido atenta, aunque reconocía, eso sí, que no era muy pasional, también era buena madre, trabajadora, excelente ama de casa y habían pasado juntos por muchos momentos difíciles.

—No, no podía ser —se decía asimismo.

En ese tiempo, Luis estaba muy ocupado, ya que tenía oportunidad de conseguir en su trabajo como funcionario una nueva subida en el escalafón y, además, continuaba por la tarde sus estudios de Económicas en la Universidad.

Así que, por ello y porque seguía queriendo a su mujer con locura, optó por correr un tupido velo y trato de olvidar el hecho.

Sin embargo, más adelante descubriría la verdad sobre lo que realmente había ocurrido.

## CAPITULO X

### *El gazpacho*

Corría el año 2005. María hacía tiempo que ya había cumplido los cincuenta y Luis, aunque unos años menos, también los había ya pasado.

En un día caluroso del mes de julio, al mediodía, el matrimonio, que vivía ya solo en casa al haberse independizado los hijos, se sentó a comer.

El marido había estado pensativo toda la mañana, pues, como si hubiese sido un sueño, le vino a la cabeza un recuerdo sobre algo que le había contado su mujer cuando eran novios.

Habían preparado entre los dos una buena cazuela de gazpacho y nada más empezar a degustar la fresca comida de verano, Luis comentó:

—Me dijiste un día que uno de los lugares en los que quedabas con el tal José Heredia para que te recogiera con el coche, era la gasolinera que se encuentra a la salida de la carretera de Barcelona y resulta que, ahora pensando, ese sitio se encuentra muy cerca de la casa de Pepita, a la que te fuiste a vivir, es decir, que estando residiendo ahí continuabas viéndote con él, ¿no?

La pregunta sorprendió a María por lo que contestó con cara de extrañeza y con brusquedad:

—No sé a qué viene esto ahora. ¡A ver! ¡Sí! ¿Qué pasa?

—¿Qué qué pasa? —su marido respondía casi gritando—. Que cuando te fuiste a vivir a casa de Pepita ya llevábamos prometidos unos cuantos meses. ¡Cacho perra! ¡Pedazo de zorra! ¡Éramos novios! ¡Él era un hombre que estaba casado! Y, además, cuando yo te había dejado, por lo que me contó tu amiga Rosa, me llamaste para que saliéramos de nuevo y me dijiste que aquella relación ya hacía tiempo que había terminado.

Acto seguido y llevado de la ira, Luis cogió su tazón lleno de gazpacho y tiró el contenido a la cara de su mujer.

Sorprendida María, con la cara y el pecho llenos de gazpacho, ante los insultos que salían por la boca de su marido, le correspondió también gritando:

—¡Maricón! ¡Cabronazo! Fueron unos pocos encuentros y después vimos que no podía continuar aquello, por lo que lo dejamos. Pero ¿qué pasa?, ¿tienes envidia o qué?

Esto a Luis le provocó más irritación todavía y por no cometer una barbaridad se marchó de casa dando un gran portazo y sin comer.

Al regresar el enfadado marido, vio que María tenía preparada la maleta y que estaba esperando a su hijo mayor para que se la llevara, de momento, a vivir con él en el piso que este se había comprado, pues estaba ya trabajando desde hacía un tiempo.

Al mes siguiente, agosto, María se fue a su pueblo y Luis al chalé de la Sierra con sus padres.

El cabreado marido se encontraba como ausente y sus progenitores le propusieron que, para distraerse un poco, podían irse todos a pasar juntos unos días a Benidorm, que era donde solía ir la familia a disfrutar de la playa en días de puentes festivos o de vacaciones.

A Luis le pareció buena la idea, pero prefirió irse solo.

Por tanto, con un ligero equipaje, se fue a Benidorm en su coche, donde después de baldíos intentos en varios hoteles para alojarse, al ser temporada alta y estando casi todo al completo, pudo disponer de una habitación en el Hotel Helios.

Pasó unos días yendo por las mañanas a la playa y quedándose las tardes en la habitación del

hotel, pero el recuerdo de momentos vividos con María en esa ciudad vacacional, hacía que estuviera todavía más triste e incomodo, por lo que optó por regresar a Madrid.

Cuando llegó a su casa, vio con sorpresa que también había vuelto María y que, en esos momentos, se encontraba en la cocina. Así que, sin decir nada, se dirigió a la habitación de matrimonio, permaneciendo tumbado en la cama toda la tarde.

Era ya de noche y tenía hambre, no había tomado nada desde que salió de Benidorm, así que fue a la cocina y allí, en un plato tapado con otro, tenía su cena, la cual se la había preparado María que, en ese momento, estaba viendo la televisión en el salón.

Luis cenó en la cocina y, una vez que terminó, regresó de nuevo a la cama sin ver tan siquiera a su mujer, así que, como estaba cansado por el viaje, se durmió rápidamente.

Al día siguiente, fue a verle su hijo mayor, pues dado que quería hablar con su padre y este se encontraba solo en casa, pues María se había ido a visitar a una hermana que también residía en Madrid, era el momento oportuno.

Se sentaron los dos y David empezó diciéndole:

—Mira papá, tú no acabas de olvidar tiempos pasados de amoríos de mamá y ha transcurrido ya de aquello mucho tiempo, treinta años papá, por lo que creemos, tanto mi hermano como yo, estando mamá también de acuerdo, que os deberíais de separar. Pensamos que es lo mejor para todos.

Esto que le estaba diciendo su hijo, como sin darle importancia a lo que hubiera hecho su madre y, veladamente, echándole a él la culpa de la situación sin ni siquiera tener en cuenta las falsedades de María, a Luis le supieron, nunca mejor dicho, a "cuerno quemado", lo que le produjo mayor enfado del que tenía, ya que él sabía de todo el amor que había sentido por su mujer durante aquella época de novios y, además, que al principio de salir juntos, él, por sospechas, había roto la relación, siendo ella quién lo llamó por teléfono para pedirle que salieran de nuevo y ahora, sin embargo, se sabía que había seguido manteniendo encuentros con su antiguo jefe, José Heredia.

Luis no dejaba de pensar en los momentos de intimidad, de palabras de amor, de ilusiones, en aquellos tiempos en los que se prometió por primera y única vez a una mujer, no reparando por ello, en el episodio que quedó sin esclarecer de la miniatura de baño que, según María, le había regalado una vecina.

Durante el último trimestre de ese año, María y Luis, que continuaban conviviendo juntos, aunque sin hablarse, dejaron en manos de abogados el tema del divorcio, acordándose un reparto de los bienes gananciales, así como, la entrega de una cantidad que, como pensión compensatoria, mensualmente debía pasar el marido a la esposa.

No obstante, un día habló con sus hijos sobre la posibilidad de hacerse la prueba de paternidad, a lo que estos, viendo el momento malo por el que estaba pasando su padre, no pusieron ningún inconveniente.

La prueba fue positiva, es decir, David y Lauro eran hijos de Luis. Así que el padre estaba contento, pues pensaba que solamente hubiera faltado que no fueran hijos suyos cuando, además, se había casado con María por "el sindicato de las prisas" y con la oposición paterna.

Llegado el tiempo de Navidad y estando el trámite del divorcio todavía sin resolver, un día que Luis fue de visita a casa de sus progenitores, su padre se dio cuenta de la tristeza que embargaba a su hijo.

Por ello y también porque la situación de predivorcio entre su hijo y su nuera había entristecido el ambiente en la casa paterna como para no poder pasar unas felices fiestas navideñas, una mañana se acercó al domicilio de su hijo y de María para hablar con esta, ya que, en primer lugar,

le quería proponer que, como todos los años, fuera a su casa junto a su marido y sus hijos, para celebrar todos juntos en familia la comida de Navidad y, en segundo lugar, ver si podían arreglarse las cosas entre ella y Luis para que no se produjera el divorcio.

Después de una charla con María, ella asintió a las dos cosas y el poder convencer a su hijo fue relativamente fácil, ya que, todavía, seguía queriendo a su mujer.

Por tanto, por ambas partes se canceló todo el proceso iniciado para el divorcio y las celebraciones navideñas fueron en familia como todas las anteriores, procurándose por todos pasar unas Felices Fiestas.

## CAPITULO XI

### *El Metro*

Durante los dos años siguientes, la vida para María y Luis, casi curadas las heridas del amago de divorcio, se fue desarrollando con normalidad hasta llegado el mes de diciembre de 2007.

Era la víspera de la fiesta de la Inmaculada y María había tenido que ir a trabajar por la tarde.

Luis veía que su mujer se estaba retrasando esa noche en llegar, ya que eran las diez y ella, que salía de trabajar a las nueve, estaba habitualmente media hora más tarde en casa, pues en Metro no se tardaba mucho. Así que, extrañado, decidió llamarla.

María, que por el número de teléfono aparecido en la pantalla del móvil supo de quién era la llamada, respondió secamente:

—Sabía que eras tú.

—Llegas tarde ¿ocurre algo? —Luis preguntó.

María, con tono de enfado, contestó:

—Había retraso en el Metro por una avería que, según han dicho por megafonía, se había producido en la estación de Diego de León y ahora mismo estoy saliendo. Ya llevo.

—¡Ah! Vale. Es que estaba preocupado —respondió su marido.

Todavía transcurrió un cuarto de hora más hasta que María llegó al hogar conyugal, cuando lo que normalmente se tardaba desde la estación de Metro a su casa no era más de diez minutos, lo que le seguía extrañando a Luis.

Nada más llegar, María dejó sus cosas en el vestíbulo y, como con prisa, sin decir nada, se fue al baño pasando por la cocina y no por el salón dónde se encontraba su marido.

María permanecía en el baño, eran ya las diez y media, cuando sonó su móvil que tenía en el bolso y que había dejado en el vestíbulo al entrar.

Como su mujer no salía y la llamada insistía, Luis cogió el teléfono y contestó:

—Sí ¿quién es?

Aunque había un sonido de fondo como de coches, nadie respondió y colgaron.

Al salir María del baño, se fue a la cocina, cogió la cena que le había preparado su marido — era habitual desde un tiempo que la hiciera él todas las noches— y se la llevó al salón, donde Luis permanecía viendo un programa de televisión.

Este, aprovechó a decirle lo de la llamada y que no habían contestado, a lo que María le respondió sin más:

—Bueno y qué, se habrán confundido.

A Luis le aparecieron de nuevo los fantasmas de la duda y se fue a la cama sin decir nada más.

Al día siguiente, aunque era día festivo, el marido se levantó pronto y sin que María se hubiera despertado, lo que comprobó yendo a la habitación en la que ella dormía, pues desde hacía ya tiempo lo hacían separados, llamó al teléfono de información de incidencias del Metro, cuyo número obtuvo consultando Internet:

—Buenos días, disculpe la molestia, pero llamo porque anoche mi hija llegó tarde a casa justificándose en un retraso del Metro, no muy normal en cuanto a su duración, y, la verdad, que estamos un poco preocupados.

—A ver ¿sabe usted en que línea fue el retraso? —le contestaron desde Metro y Luis respondió:

—En línea 4 y dijo que por causa de una avería en Diego de León, con una duración aproximada de media hora.

—Pues de ayer no tenemos ninguna indicación de incidencias, ni en esa línea ni en ninguna, pero espere, voy a hablar con un compañero que precisamente estuvo aquí anoche.

Luis esperó unos minutos y el señor que, amable y pacientemente, desde Metro le atendía, continuó diciendo:

—Pues mire, me dice que no tiene noticia de que ocurriera esa incidencia anoche. Lo siento.

—Gracias por su amabilidad —respondió finalmente Luis.

Ni que decir tiene, que esto, nada más levantarse María, fue causa de otra discusión, no derivando a más porque era período prenavideño y los acontecimientos familiares y de empresas, como comidas con compañeros de trabajo, hicieron mantener las fiestas en paz.

## CAPITULO XII

### *Las llamadas*

Apartir de ese día a Luis le venían a la cabeza muchas de las circunstancias o casualidades que se daban en la vida de su mujer y, una vez iniciado el nuevo año, se mantuvo más vigilante, por lo que, con cierta regularidad miraba el control de llamadas recibidas en el teléfono fijo de casa, pudiendo comprobar que eran frecuentes las que se producían con número privado, es decir, sin indicación del número telefónico y, además, solamente por las mañanas, cuando su mujer estaba sola en casa.

Poco después, en la primavera de ese año y como consecuencia de que uno de sus hijos, Lauro, se encontraba en Canadá con una beca de estudios, los padres se desplazaron a ese país unos días para verlo.

Cuando regresaron a Madrid, lo primero que hizo Luis, nada más llegar a su casa, fue mirar el control de llamadas en el teléfono y ¡oh!, casualidad de casualidades, no había ninguna llamada pérdida con número privado, es decir, durante el tiempo que habían estado en el extranjero nadie se había interesado por ellos. Ni bancos, ni compañías telefónicas, ni aseguradoras, etc., que según María, eran los que llamaban para ofrecer productos o servicios y que, por tanto, eran la causa de esas llamadas huérfanas de número de teléfono que venían produciéndose.

Teniendo esto en cuenta y pensando también que no tenía ningún sentido que esas empresas llamaran en unas horas en las que normalmente en día laborable no se suele estar en casa, Luis terminó por decidirse a mirar el móvil de María y así lo hizo en un momento en el que ella se estaba duchando.

Pudo observar que con una frecuencia de una vez al mes venía teniendo llamadas con el prefijo telefónico de Barcelona y no siempre desde el mismo número.

Sin decir nada todavía a su mujer sobre el tema, sus recuerdos le llevaron a pensar en uno de los amores que su mujer había tenido antes de que lo conociera a él y del que un día, estando saliendo todavía como novios, le había hablado.

Se llamaba Roberto y había tenido una relación con ella de noviete hasta que este, por motivos laborales, se tuvo que marchar a Barcelona, dejando por ello la relación con María.



Luis, pasadas ya las vacaciones de verano y viendo nuevamente en el móvil de su mujer que la comunicación mensual desde Barcelona volvía a producirse, decidió pasar a preguntarle por esas llamadas “catalanas”.

María se sorprendió por la pregunta y le respondió bastante indignada:

—Eres imbécil y no tienes derecho a mirar mi teléfono. Esas llamadas únicamente corresponden a personas que se han equivocado de número.

A lo que respondió Luis:

—Tienes toda la razón, soy un imbécil y creo que algo más, ya que desde que te conocí mi vida junto a ti ha estado llena de muchas casualidades que me obligan a pensar, sin lugar a equivocarme, que eres lo que personas como mi padre y mi mejor amigo de juventud me

advirtieron en su día, “una mujer ligera de cascos”, es decir, ¡una puta!

La discusión fue a más y, en un momento determinado, María, cogiendo su teléfono móvil, lo tiró buscando como objetivo la cabeza de Luis que, por reflejos, pudo esquivar, yendo el aparato a estrellarse contra la pared, deshaciéndose en varias partes.

El enfadado marido reparó en que la tarjeta SIM se había desprendido del móvil, por lo que, sin que lo viese su mujer, la cogió y la colocó en otro teléfono antiguo que todavía conservaba.

Por Internet, a través del acceso a la página Infobel, pudo comprobar que los números de teléfono correspondían a localidades de la provincia de Barcelona como Hospitalet de Llobregat, Villafranca del Penedés y Sant Boi del Llobregat, todas en un radio de pocos kilómetros de distancia entre ellas. Asimismo, pudo saber que algunos de esos números telefónicos correspondían a establecimientos públicos como bares y cafeterías, aunque también había otro que era particular, pero no podía conocer el nombre del titular.

Como esto le estaba quemando la cabeza de tanto pensar en ello, un día se decidió a llamar a ese número telefónico que correspondía a una casa particular y que estaba ubicado en Hospitalet de Llobregat.

—Buenos días, ¿por favor se puede poner Roberto? —preguntó Luis pensando que el amor secreto de su mujer podía ser aquel del que le habló.

—Aquí no hay ningún Roberto —le contestaron y colgaron.

Luis, con esa llamada no obtuvo el resultado que creía poder tener, ya que estaba obcecado en que podía ser aquel antiguo noviete de su mujer, por lo que no se paró a pensar que podía estar herrando en la persona sobre la que dirigía sus sospechas, como más tarde, sin embargo, pudo comprobar.

A partir de ese momento, las discusiones en el matrimonio eran muy frecuentes, eso sí, siempre relacionadas con lo mismo, es decir, la inseguridad que tenía Luis sobre la fidelidad de su mujer.



Era ya enero de 2009 y un día por la tarde, Luis regresó pronto a casa después de haber acabado su jornada laboral un poco antes de lo normal, ya que tenían que hacer en la oficina reparaciones eléctricas que daban lugar a cortes de luz.

Encontrándose solo, pues María todavía estaba trabajando, cogió el teléfono en el que había insertado la tarjeta del móvil de María y estupefacto exclamó:

—¡Eh!, ¿pero qué ha pasado? —se preguntó al ver que habían desaparecido del listado de llamadas los números de los teléfonos “catalanes”, coincidiendo, además, que solamente se habían borrado esos y no el resto.

Acto seguido, encendió el ordenador para ver si podía recuperarlos por las búsquedas que había realizado y, ¡sorpresa!, no respondía el PC, se había quedado sin sistema operativo, es decir, estaba formateado.

—Qué casualidad —se dijo asimismo.

Se habían borrado en la tarjeta del móvil los números telefónicos de las llamadas que había tenido María desde Barcelona y al mismo tiempo parecía que habían formateado el disco duro de su PC, pues había desaparecido toda la información que se encontraba en el mismo.

—¡Me han hecho la puñeta! —exclamó.

Cuando llegó María por la noche la bronca entre los dos fue mayúscula.

Al día siguiente, su hijo Lauro se acercó a ver a sus padres por requerimiento de la madre y, hablando con ellos, les aconsejó que lo mejor para todos era la separación o que, por lo menos, llevaran a cabo una terapia de pareja.



Después de una larga charla, el matrimonio accedió a visitar a un psicólogo, encargándose Lauro de buscarlo.

Unos días más tarde, estaban en la consulta de una psicóloga que un amigo de Lauro le había recomendado y, después de las presentaciones de rigor, la especialista les dijo:

—Bueno, vamos a empezar.

Y dirigiendo la mirada hacia Luis, continuó:

—Por eso de la cortesía masculina vamos a comenzar hablando con María, ¿le parece bien?

Luis asintió con la cabeza.

María inició su relato haciendo referencia a todos los años de dudas por parte de su marido, pero sin entrar en detalle de las circunstancias y hechos que daban lugar a esas sospechas.

Viendo Luis que la historia que estaba contando su mujer no tenía nada que ver con la realidad, interrumpió la perorata de su cónyuge, diciéndole a la psicóloga:

—Lo que está contando no es la verdad.

A lo que respondió la titular de la consulta:

—Déjela hablar, ya tendrá tiempo después para decir usted lo que quiera.

Sin embargo, Luis, que no estaba dispuesto a escuchar el guion de película preparado por María, continuó diciendo:

—Mire, he venido con mi mujer por respeto a mis hijos y para que vean que, aun estando muy confundido, existe disposición por mi parte para llegar a una solución, pero creo que una de las bases que tienen que darse, cuando se viene a una terapia de pareja, es la sinceridad. Así que no hablemos más, dígame usted lo que se debe y terminemos, ya que no estoy dispuesto a continuar con esta farsa y encima costando dinero.

La psicóloga le dijo que setenta euros, aunque previamente quiso darle explicaciones sobre su “método” que, por supuesto, Luis no quiso escuchar. Pagó y se marcharon.

La discusión entre los cónyuges, iniciada a la salida de la consulta, continuó en su casa, tomando la esposa la decisión de marcharse unos días con su hijo David al piso de este, como ya lo había hecho unos años atrás.

Desde finales del año anterior, las llamadas de números privados a casa de Luis en horas en las que él no estaba, pero sí su mujer, se habían incrementado y también eran más frecuentes, sin embargo, durante los días que estuvo María con su hijo, sorprendentemente, al igual que ocurrió el año anterior cuando viajaron a Canadá, no se recibió ninguna, es decir, parecía que las empresas y bancos, protagonistas de esas llamadas, según justificaba María, sabían que no había nadie en casa por las mañanas y, por tanto, no llamaban para ofrecer sus servicios.

Unos días después de haberse marchado María del domicilio conyugal, su marido la llamó y, después de una corta conversación, quedaron para comer y para hablar tranquilamente del futuro de su relación matrimonial.

El encuentro fue en un restaurante asturiano llamado La Hoja, pues Luis conocía que en ese sitio se comía bien, al haber estado en alguna ocasión con compañeros del trabajo.

La conversación, en contra de lo que podía esperarse, no fue nada tensa y, como consecuencia de lo que hablaron, María aceptó regresar al hogar conyugal.

## CAPITULO XIII

### *Roberto*

Habían transcurrido ya unos años desde los hechos narrados en el capítulo anterior y, tanto María como Luis, ya habían sobrepasado los sesenta años de edad. Además, ambos ya estaban jubilados, sus hijos se habían casado y también les habían hecho abuelos.

Los nietos hicieron que Luis se olvidará un poco de las sospechas de la posible infidelidad de su mujer y también se daba la circunstancia de que hacía unos años que no se recibían llamadas de números privados —esas que en tiempos habían sido objeto de las dudas de Luis—, así que la situación era más tranquila y de cierta felicidad para el matrimonio.

Sin embargo, en una ocasión, después de haber regresado del pueblo de María, donde el matrimonio había estado con motivo de la celebración de las fiestas patronales del lugar, Luis recordó una conversación que había mantenido con uno de sus cuñados sobre un lugareño que, con la ayuda de detectives, había descubierto la infidelidad de su mujer.

Esto hizo que volviera a recordar aquellas frecuentes llamadas al teléfono fijo de casa que, años atrás, se realizaron desde números privados y de las llevadas a cabo desde Barcelona al móvil de María. Así que se puso a buscar en Google a detectives que pudieran dedicarse a la investigación de infidelidades matrimoniales.

En principio, el objetivo que Luis pretendía era el de que le pudiesen localizar los teléfonos que se habían borrado de la tarjeta del antiguo móvil de María, posiblemente —esa era su idea—, a través de la referencia que pudiese tener la correspondiente compañía telefónica en sus bases de datos.

En el citado buscador de Internet le apareció una agencia de detectives que le interesó, tanto porque estaba cerca de casa como por los precios asequibles que publicitaba. Así que se puso en contacto por teléfono con la citada empresa y concertó una cita para el día siguiente.

Le recibió uno de los investigadores que trabajaba en la agencia y después de las saluciones de rigor, Luis pasó a exponerle la historia de las llamadas, haciendo hincapié en las que se realizaron desde tierras catalanas y en su pretensión, para eso estaba allí, de localizar por algún medio los números telefónicos que habían desaparecido por arte de magia del registro de la tarjeta que correspondía al móvil de María y también, por supuesto, el nombre de sus titulares.

El detective, le comentó que en esos momentos y con la legislación de protección de datos existente, no se podía hacer nada y que si hubiera contratado sus servicios el año en que las llamadas se produjeron, entonces, sí que podían haberse localizado.

—No obstante —continuó diciendo—, esas llamadas efectivamente hacen pensar que había “tema”, ya que las recibidas de forma privada que, según su mujer, eran de ofrecimiento de servicios o de ofertas de bancos o de empresas telefónicas, suelen producirse por la tarde, es decir, cuando se sabe que normalmente se está en casa después de realizada la jornada laboral y más frecuentemente los viernes, pero normalmente por la tarde.

Luis asentía como diciendo “eso también lo había pensado yo”.

El experimentado investigador continuó dando su opinión:

—Respecto a las llamadas desde la provincia de Barcelona, es muy difícil que sean equivocaciones, como su mujer alega, ya que ¿se van a equivocar en las mismas horas y en los

mismos días de cada mes?, ¿desde diferentes lugares y desde diferentes números telefónicos pero en la misma zona? Sería muy raro.

Así que pasó a aconsejarle:

—Yo que usted adoptaría la posición de aquel que no puede vivir con la sospecha, indicándole también a su mujer que está dispuesto a olvidar todo si se lo confiesa, lo cual usted valoraría y que como es “agua ya pasada”, se podría superar.

—Eso sí —continuó diciendo—, pero con mucha paciencia, aunque con insistencia, un día sí y otro también, pregunte haciéndose pesado, pero siempre, recuerde, con buenas palabras de perdón, olvido, etc. Y, por supuesto, ante cualquier reacción airada de ella, usted ni se inmute, no manifieste su enfado, sin acritud, sin violencia, adoptando siempre la posición de “volver a empezar”.

—Es la única manera —siguió—, de que usted pueda desvelar lo que realmente oculta su mujer.

Luis le dio las gracias por el consejo y pasó a pagarle por la visita, a lo que el detective le dijo que no le debía nada y, deseándole suerte, añadió:

—Espero que logre saber lo que su mujer esconde, porque “haber algo lo hay”.

A partir de ese día, Luis no dejaba de pensar en ello, pues también se daba la circunstancia de que tenía más tiempo para que no se le fuera de la cabeza, dado que desde hacía tres años ya se encontraba jubilado. Así que pasó a aplicar la táctica que le había sugerido el detective.

Por las noches, así era la mayoría de las veces, cuando estaba con su mujer tranquilamente viendo la televisión o cuando ella recientemente se había acostado, casi siempre le decía lo mismo:

—María, ni me creo que aquellas llamadas privadas, que años atrás se recibían en casa, ni las enviadas a tu móvil desde la provincia de Barcelona, fueran simples ofertas de empresas o repetidas equivocaciones.

A lo que también, casi siempre del mismo modo, le contestaba su mujer:

—Pero de eso hace ya más de seis o siete años y, además, tú te crees que yo, con lo que tenía que hacer y a mi edad, podía estar atendiendo a llamadas de alguien con el que, según tú, podía tener aventuritas.

Y continuaba su marido:

—No estoy tranquilo y me estalla la cabeza de tanto pensar en ello porque no me creo que fuera lo que tú dices. Así que te pido que me cuentes de una puñetera vez lo que ocurrió. Sé que es una cosa pasada y que lo podríamos superar.

María no decía nada y Luis seguía, aunque ya preguntando:

—¿Era el tal Roberto quién llamaba desde Barcelona?

Ella lo miraba con ojos de enfado.

—¿Tú estás tonto o que te pasa? No era Roberto ni nadie, ya que no he tenido ninguna relación con un hombre desde que te conocí. Además, siempre he atendido a la casa, a ti no te ha faltado nunca tu ropa lavada y planchada, he ido a la compra, he preparado las comidas y hasta que me jubilé —hacía un año de ello— también trabajaba fuera de casa por la tarde, ¿a ver, cuándo me quedaba tiempo para tener un rollo con alguien? ¡Por favor!, ¡déjame en paz!

Luis, sin embargo, no cejaba en su empeño y cada noche volvía a preguntar a su mujer en relación con las dudas que tenía, acompañando las preguntas con la indicación de los hechos y circunstancias sospechosas que habían venido produciéndose hasta unos años atrás, insistiendo en que era algo ya pasado pero que él quería conocer.

María tampoco cedía.

Una noche, cuando ella ya estaba durmiendo, Luis, que no pegaba ojo pensando en el tema, se levantó de la cama y fue a la habitación donde estaba su mujer, despertándola y diciéndole con un tono de enfado:

—María, no puedo dormir, las casualidades y los hechos que se vinieron produciendo me hacen pensar claramente en que hay algo que tratas de ocultar y ¡quiero saberlo!

Su mujer, sorprendida por el brusco despertar, le contestó:

—Vale, sí, quién me llamaba era Roberto —y volvió la cara como para querer dormirse de nuevo.

Luis quedó impactado, no era lo mismo dudar que saberlo y se quedó un momento sin decir nada.

Pasado ese momento de sorpresa, se sentó en el borde de la cama y continuó preguntando:

—¿Y cómo fue el que te encontraras con Roberto?

Luis tenía la esperanza de que hubiese sido un solo encuentro y que después se hubiera quedado la cosa exclusivamente en llamadas, pero María, sin embargo, le respondió con gesto como si se hubiera despertado de una pesadilla:

—¡Qué? Yo no he visto a Roberto desde el día que lo dejamos y fue mucho antes de conocerte.

El esposo, con cara de perplejidad, señaló:

—Pero, ¿si me acabas de decir que era él quién te llamaba!

—Mira, vete a dormir —le indicó María— y déjame hacerlo también a mí. Si te he dicho eso habrá sido porque estaba dormida y no sabía ni lo que hablaba.

Luis se desesperaba e insistía a su mujer en “que no, que estaba bien despierta cuando se lo había dicho”.

María le respondió haciendo con su cuerpo un cuatro en la cama, dándole la espalda y pasando de él.

Al marido no le faltaron ganas de abofetearla, pero se contuvo y, solamente, como respuesta a la tomadura de pelo recibida, le tiró un cojín que estaba en una silla, sin que ella se inmutara siguiendo en la misma posición con intención de dormirse.

Luis se fue nuevamente a su cama todavía más confundido de lo que estaba anteriormente y no durmió en toda la noche.

Los días siguientes continuaron así, con la práctica por parte de Luis de lo aconsejado por el detective, es decir, preguntando con paciencia e insistencia, pero tratando de hacerle ver a María que las consecuencias de una confesión no serían relevantes sino simplemente tranquilizadoras para él y para la relación matrimonial de ambos, ya que se trataba de algo ya pasado.



Habían transcurrido unos meses desde que empezaron las infructuosas interrogaciones nocturnas, cuando, un día que Luis y María se habían quedado con uno de sus nietos, porque Lauro y su mujer, los padres del niño, tenían que asistir a un evento del trabajo, decidieron ir con el crío al centro comercial de La Vaguada para que se divirtiera con algunos juegos y atracciones infantiles.

Al llegar con el coche y ya en el aparcamiento, observaron que el niño, que iba en la sillita infantil en la parte trasera, se había quedado dormido, por lo que se quedaron dentro del vehículo hasta ver si despertaba.

Luis, que seguía obsesionado con lo que le dijo María unas noches atrás, en cuanto a que el autor de las llamadas era su antiguo noviete Roberto, volvió, en ese momento de espera, a requerir a su mujer una explicación sobre ello.

—Mira Luis —respondió ella— me tienes harta. Yo no he tenido nada con Roberto y de hecho, si pasara por mi lado, es que ni lo conocía, porque ni lo he vuelto a ver ni he hablado con él desde que dejamos aquella relación que tuvimos antes de haberte conocido. ¡Te lo juro por nuestro nieto que está aquí detrás dormido!

Pero Luis, casi sin pensarlo, ya que desde que descubrió las llamadas realizadas desde Barcelona, no había pensado en otro posible “amante” que no fuera el tal Roberto, le dijo a su mujer:

—¿Y con el tal José Heredia?, aquel que fue tu jefe donde trabajabas cuando te conocí.

—¡Júrame! también por el niño que, excepto lo que ya sé, no volviste a tener nada con él. ¡Júramelo!

A María le desapareció la cara de enfado, es más, se le quedó blanca. Recostó la cabeza en el asiento y permaneció mirando al frente como pensando qué decir.

Viendo Luis la reacción de su mujer, insistió, advirtiéndole y apelando a su cariño de abuela:

—Mira, ten cuidado con lo que dices, sabes que, dentro de dos o tres días, el niño va a realizar con sus padres un largo viaje en avión, así que no jures en falso.

Efectivamente, Lauro, ahora ya por motivos laborales, iba a regresar a Canadá, acompañándolo su familia.

María, con voz entrecortada, dijo:

—No te lo puedo jurar.

Luis, en un primer instante, quedó petrificado. Después, viendo que el niño continuaba dormido, salió del coche con un enfado monumental y, sin decir nada, estuvo durante un rato al lado del vehículo hasta que el nieto despertó.

Hicieron todo lo posible para que el crío se lo pasara genial, disfrutando con las atracciones infantiles que había en el centro, aunque para Luis “la procesión iba por dentro”.

## CAPITULO XIV

### *El inclito José Heredia*

Al día siguiente de la visita con el nieto al centro comercial de La Vaguada, los abuelos tuvieron que llevar al niño a su casa, pues ya habían quedado con sus padres en ello.

Luis había estado contenido sin decir nada mientras el nieto estuvo con ellos, pero, una vez que lo dejaron con sus padres y ya en el coche de regreso a su casa, dio un grito de dolor y de rabia acompañándolo acto seguido de todo tipo de improperios hacía su mujer que en el asiento de al lado callaba.

Al llegar, María no subió al piso, ya que nada más salir del coche se fue a dar un paseo, no regresando hasta la noche.

Mientras tanto a Luis le había dado tiempo a pensar en todos aquellos sueños e ilusiones que había tenido durante el noviazgo con su “princesa” y recordaba que, con ella en su pensamiento, se dormía por las noches creándose historias de amor en las que ambos eran protagonistas, las cuales nunca terminaban porque se dormía antes de finalizar la historia imaginada. Eran, como él decía, “fantasías de amor en noches de historias sin fin”.

Asimismo, le venían a la cabeza aquellos momentos románticos que había vivido con María cuando paseaban por el parque del Retiro o por el de la Fuente del Berro y, sobre todo, los que sucedían en la intimidad cuando los fines de semana estaban solos en su casa.

De todo y en todo pensaba Luis, ya que su cabeza era una olla de presión puesta en el fuego de la cocina al máximo.

De repente, recordó un hecho sucedido recientemente.

Cuando estaba ayudando a María a preparar los correspondientes documentos que debía presentar en el Instituto Nacional de la Seguridad Social para solicitar la jubilación, observó que en el certificado de vida laboral de su mujer, se recogía un período de cotización por trabajar en Creaciones Granada —en la empresa donde era su jefe el tal José Heredia—, de un año posterior a la fecha en la que fue despedida.

Luis recordaba que María en esa empresa solamente había trabajado unos cuantos meses, siendo después despedida junto a su amiga Rosa.

Él ya se había extrañado cuando lo vio pero no le dio importancia, ya que podía haber sido un error y como beneficiaba a su mujer había pasado del tema.

Sin embargo, ahora, después de lo confesado por María, pensaba más detenidamente en ello y se preguntaba por lo que pudiera haber pasado:

—¿Quizás, su antiguo jefe estuvo abonando las cotizaciones a la Seguridad Social durante más tiempo después de despedirla? ¿Tendría problemas para poder cobrar el seguro de desempleo, al haber estado trabajando solamente unos meses en la empresa?

En cuanto llegó María de su largo paseo y una vez que cenó, Luis, acordándose de las recomendaciones del detective, con un tono de voz serio pero suave, dando sensación de tranquilidad, le dijo:

—Quiero saber hasta cuando duró esa relación con José Heredia y como fueron los encuentros.

María respondió con cierta frialdad:

—Nos veíamos cada diez o quince días, eran solo dos o tres horas y normalmente

permanecíamos en su coche, aunque otras veces, si podíamos estar un poco más de tiempo, íbamos a un piso del que le dejaba las llaves un compañero de trabajo.

—Esa relación —continuó diciendo—, duró hasta que te marchaste a la mili, ya que él decía que había que dejarlo, pues, como yo ya tenía novio, existía más peligro de que se descubrieran nuestros encuentros.

Luis, ya con un tono de enfado, dijo:

—Vale, luego voy y me chupo el dedo.

—Mira, cuando empecé la mili, no podía salir del cuartel por estar pasando el período de instrucción como recluta y así estuve tres meses ¿Y tú pretendes que me crea que durante ese tiempo no os visteis? ¿Teniendo el campo libre? ¡Ja!

Y continuó diciendo:

—He recordado ese período erróneo de cotizaciones a la seguridad social por la empresa en la que trabajabas y que figura en los datos de tu Vida Laboral, así que deduzco claramente ahora que el hijo de puta ese te estuvo pagando indirectamente los polvos que te estaba echando. Así que, ¡dime de una puta vez hasta cuando duró el tema!

María se fue a la cocina y Luis se quedó en el salón esperando.

Pasaron unos cuantos minutos y al fin apareció de nuevo la esposa:

—A ver, entonces ¿hasta cuándo crees tú que ocurrió? —le preguntó con un tono de cierto hartazgo.

Luis se dijo asimismo, “encima cachondeo”, pero conteniéndose de insultarle contestó a la pregunta con firmeza:

—Hasta el día de nuestra boda.

—¿Qué? Tú estás tonto — respondió ella con cara de sorpresa e indignación .

Pero su marido seguía diciendo:

—Claro que sí, estabas colada por tu jefe como me advirtió tu amiga Rosa y hubieses sido capaz de hacer la despedida de soltera con él incluso la víspera de nuestra boda.

Viendo Luis que María no se inmutaba por lo que había dicho y acordándose de como se había enterado de la continuidad de la relación de esta con su exjefe, dijo:

—¡Júrame por nuestro nieto que pasado mañana viaja a Canadá que esto que digo no fue así!

María, sin decir nada, se fue a su habitación y Luis le siguió, repitiendo:

—¡Júralo!

María, de espaldas a Luis, respondió:

—No te lo puedo jurar.

A Luis le pareció poco efecto el que había tenido la bomba de Hiroshima comparado con la explosión de perplejidad, sorpresa, rabia, enfado, tristeza, etc. que tenía dentro de su cabeza y le dijo elevando la voz:

—¡La madre que te parió, pedazo de puta! ¡El día antes de nuestra boda! ¡Y con nuestro hijo de tres meses dentro de tu vientre! ¡Pero tú qué eres?

María, mientras escuchaba a su marido todo lo que echaba por la boca, continuó sentada en el borde de su cama, agachada y con la cabeza entre sus manos.

Luis siguió diciendo con un tono de desprecio:

—Es decir, que en el momento de casarnos, estábamos en el altar, el cura, tu hermana y tu hermano como padrinos, nuestro hijo en tu vientre y también, como no, el rastro que había dejado el hijo puta de tu jefe el día anterior. Pero ¡que pedazo de zorra! ¡No dices nada?

Luis para evitar estamparle a María una silla en la cabeza, como le apetecía hacerlo, cogió las llaves del coche y se marchó de su casa dando un portazo, sin importarle lo que pudieran pensar

los vecinos, ya que eran altas horas de la noche.

El marido cabreado cogió su coche y puso rumbo desconocido por la A—1.

Al cabo de un largo rato conduciendo, paró y se apartó a un lado de la carretera.

Allí, lleno de rabia y dolor, con lágrimas que le escurrían por su cara, solo pensaba en lo falsa que había sido su vida de noviazgo con María, recordando, además, lo tonto que fue al aceptar salir nuevamente juntos cuando ella se lo pidió, diciendo que lo quería y que su relación con José Heredia era cosa del pasado.

Transcurrió un tiempo pensando en ello y aunque era ya de madrugada, no dudó en llamar a quién había sido siempre su paño de lágrimas:

—¿Sí? —con voz adormilada respondió Almudena a la llamada de su hermano.

Luis pasó a contarle lo que había sucedido y ella, muy preocupada, le preguntó por el sitio dónde se encontraba y le dijo que iría a buscarle con su coche.

—No sé muy bien donde estoy—respondía el hermano—, solo sé que he cogido la nacional de Burgos. Pero no, no vengas, ya voy a regresar.

Almudena le continuó pidiendo:

—Por favor, vuelve a tu casa y mañana hablamos, mira que no te pase nada, por favor, el disgusto que nos das y a mamá es que la matarías si te pasara algo.

Eran las seis de la mañana cuando llegó a su casa, así que se fue derecho a la cama y se acostó vestido.

No obstante, le puso un *whatsapp* a su hermana diciendo que ya había llegado.

Al coincidir con María en la cocina, cuando iba a desayunar, le dijo:

—Quiero que se lo cuentes a David. Sí, a ese que llevabas en tu vientre cuando llamaste a tu querido amante para que te hiciera una buena despedida de soltera.

Su mujer le respondió:

—Vale, ya se lo diré ¿o es que tiene que ser ahora?

—Quiero que sea ya —contestó Luis con voz seca.

María, viéndole tan enfadado, le dijo:

—Ahora lo llamo.

Su marido quiso darle la oportunidad de hablar tranquilamente con su hijo, por lo que comentó:

—Voy a comprar el pan, así que mientras tanto puedes hablar con él, pero eso sí, quiero que cuando yo regrese ya se lo hayas dicho.

Luis se marchó y cuando volvió, María, como contestando a la pregunta que le estaba haciendo su marido con la mirada, le dijo:

—Ya he hablado con David.

—¿Y qué te ha dicho? —preguntó Luis.

—Que te llamará luego al mediodía —respondió su mujer.

Luis, que no las tenía todas consigo sobre que María le hubiera contado toda la verdad a su hijo, esperó con ansiedad la llamada de este. Al fin, sobre las tres de la tarde, David llamó y su padre se puso al teléfono:

—¿Sí?

—Hola papá —respondió el hijo—, ya me ha contado mamá el tema y comprendo que estés enfadado.

A ello continuó su padre señalando:

—Ya hijo ya, pero te das cuenta ¡hasta el día anterior al de la boda! ¡Estando tú en su vientre! ¡Mi hijo! ¡A ver! ¡cómo me trago ese sapo?

—¿Qué? —dijo David con tono de sorpresa.



—A mí me ha dicho que tuvieron algunos encuentros durante vuestro noviazgo, pero no me ha dicho nada del día anterior a la boda. Ahora voy para allá —y colgó.

Al terminar la conversación telefónica con su hijo, Luis comentó a su mujer:

—Dice que no le has contado nada de lo que ocurrió la víspera de nuestra boda.

—No sé —dijo María como no dando importancia—, habrá entendido mal o yo no me habré explicado bien.

—Creo que ha debido ser lo segundo —indicó el marido—. De todas formas me ha dicho que ahora viene.

Pasó un rato y abrieron la puerta, su hijo tenía llave.

Al entrar y después de dar las buenas tardes, dijo con voz suave, cosa que sorprendió al padre, ya que no tenía mucha relación con la manera en la que había terminado su conversación telefónica:

—A ver mamá, estoy harto ya de todo esto, así que, siendo conveniente para todos, de una vez para siempre debes decir la verdad sobre lo que sucedió con aquel tipo que fue tu jefe.

—A mí no es que me importe —continuó diciendo—, es vuestra vida y no la mía. Pero bueno ¿queréis que yo lo sepa?, pues venga, adelante, cuenta lo que sea.

Luis quedó sorprendido. Su hijo no se ponía en su lugar, su hijo no daba importancia a lo que había hecho su madre y ni siquiera al dolor que su padre pudiera sentir al conocer todo aquello. Pero bueno, tocaba ver que es lo que decía ella:

—¡Está bien! —dijo finalmente María transcurridos unos segundos y con un tono de gran enfado —, mantuve una relación paralela con quién fue mi jefe, José Heredia, durante el tiempo que estuve saliendo con tu padre antes de casarnos.

Y dirigiendo la mirada hacia su marido, siguió hablando con el mismo tono de voz, incluso chulesco:

—Se lo voy a decir como a ti te gustaría que lo hiciera, ¿verdad Luis?

—A ver, el día antes de la boda, lo llamé y quedamos para despedirnos y en su coche ¡me folló! Sí, ¡me folló! ¡Estás ya contento Luis?

El hijo, ante tal expresión por parte de su madre, indicó:

—No hace falta que utilices esos términos mamá.

David se quedó hablando con ellos un rato y entre lo que dijo, estaba, por supuesto, el consejo a su padre de que lo que procedía era la separación o divorcio, pero ni el más mínimo reproche hacía su madre, como, sin embargo, hubiera esperado que se produjera su cabreado progenitor.

Es más, en un momento dado, incluso el hijo quiso justificar los hechos con una frase:

—Bueno, es que erais muy jóvenes.

Luis alucinaba:

—¿Muy jóvenes? —se dijo para sí mismo—, pero si cuando nos casamos, María tenía casi veinticinco años, estaba manteniendo esa relación secreta desde hacía tres, era con un hombre que estaba casado, veintitantos años mayor que ella y, además, lo más grave, su madre había provocado y consentido que el “querido” le echara un polvo teniéndole a él en su vientre.

¡Ni siquiera el más mínimo reproche! —se quejaba internamente el padre—, ¿qué sangre tenía su hijo?, ¿qué poco respeto requería de su madre hacia su padre?, ¿tendría la misma reacción si hubiera sido su mujer la que le hubiera hecho algo parecido?

David, ya avanzada la tarde, se marchó y Luis se metió en su habitación casi peor de como había salido por la mañana.

No dejaba de pensar en aquellas “fantasías de amor” que se habían quedado en eso, en lamentables hechos vividos falsamente, habiéndole María tomado el pelo y poniéndole los

cuernos durante toda aquella etapa de su vida sobre la que anteriormente pensaba que había sido la mejor, es decir, cuando conoció a su “amor” ¡Ja!

Y ahora, encima, no tenía ni el respaldo, ni la comprensión, ni el apoyo de su hijo mayor. De Lauro, que se iba a Canadá al día siguiente, esperaba mucho menos, como así posteriormente pudo comprobar.

## CAPITULO XV

### *Carmen*

Al día siguiente, era la fecha en la que su hijo Lauro junto a su familia partían en avión hacia Canadá.

La estancia en ese país iba a durar todo el verano, así que María y Luis fueron a despedirles al aeropuerto.

Durante todo el tiempo que estuvieron juntos hasta el momento del embarque, Luis se había mantenido con gesto serio y pensativo, por lo que su nuera le preguntó:

—¿Te pasa algo?

—Nada, me están molestando un poco mis problemas estomacales —contestó el suegro como si fuera algo incomodo pero sin importancia.

María y Luis se despidieron y les desearon un buen viaje.

Por la noche, Lauro llamó diciendo que habían llegado bien, así que el matrimonio mal avenido se dispuso a cenar.

Durante el transcurso de la cena, Luis recordó aquel hecho de unos años atrás que no quedó suficientemente aclarado: "el regalito" de la miniatura de porcelana y su encuentro, cerca del lugar de su venta, con el que ahora sabía que había sido el amante de su mujer hasta la víspera de su boda. Así que pasó a preguntarle a ella:

—¿Os continuasteis viendo después de que nos casáramos?

Sorprendida María, secamente contestó:

—No

Sin más, terminaron de cenar y se fueron a la cama.

La noche, era una de esas calurosas del mes de julio, por lo que, entre el calor y la preocupación por lo que ya sabía, como asimismo, por lo que hubiera podido ocurrir después de casados, Luis no pegó ojo y ya eran varias noches así.

Al día siguiente, al levantarse ambos y estar desayunado en la cocina, el marido le dijo a su mujer algo sobre lo que, durante la noche, le había estado dando vueltas:

—Quiero que llames a Carmen y le dices que vamos a ir a verla, ya que quiero preguntarle si fue ella quien te hizo el regalo de la miniatura de baño.

—¿Qué? Yo no sé ahora donde tengo el teléfono —respondió María.

Como Luis sabía que Carmen, aun cuando se había cambiado de piso, residía en el mismo barrio y no muy lejos de donde ellos estaban, siguió diciendo a su mujer:

—Arréglate. Vamos a dar un paseo por donde puede vivir Carmen.

María pensó que la antigua vecina podía estar trabajando y que, además, para saber donde podía residir, tendrían que mirar todos los buzones de la zona, por lo que no puso ninguna objeción.

Sin embargo, la suerte estaba a favor de Luis y cuando iban paseando por donde él creía que Carmen podía residir, oyeron una voz que los llamaba desde un portal que a pocos metros habían dejado detrás de ellos.

—¡María! ¡Luis! ¡Qué hacéis por aquí?

La cara de sorpresa de María era patética y la de su marido de plena alegría.

Así que, viendo Luis que su mujer no decía nada y que se había quedado como petrificada, dijo:  
—Hola, Carmen ¿qué tal?

Pues mira, no teníamos nada que hacer y hemos venido dando un paseo precisamente por si podíamos tener la suerte de verte, como así ha sido.

—Anda, ¿y eso? —preguntó con extrañeza la antigua vecina.

—Es que, te cuento —siguió Luis—. Ayer, al salir de la ducha y estando secándome con la toalla, le di sin querer a una miniatura de baño que teníamos en una estantería y cayó al suelo haciéndose mil pedazos.

Mientras su marido contaba esa mentira, María mantenía un gesto serio.

Luis continuó:

—La verdad es que nos gustaba y, según María, tú se la regalaste. Por ello, queríamos preguntarte si recordabas dónde la compraste, porque, aun cuando ya ha pasado bastante tiempo de aquello, el precio que te debió costar, creo que caro, es para acordarse.

Carmen, con cara de extrañeza y pensando que “menuda tontería” el motivo para ir a verla, dijo dirigiéndose a María:

—Pues no sé, no recuerdo haberte comprado nada.

A lo que continuó detallando Luis:

—Era una miniatura de esas de porcelana que se ponen como elemento decorativo en el baño.

—Ya, ya —siguió Carmen—, si sé lo que es, pero no recuerdo haber comprado nunca nada de eso.

Viendo María que la situación se estaba poniendo un poco incomoda, dijo:

—Es que mi marido piensa que no has sido tú quién me la regaló.

Ante esto, con cara de sorpresa y de forma dubitativa, continuó Carmen:

—¡Ah! Bueno. Quizás. No sé.

Pero, pasados unos instantes de cierto estupor para todos, con firmeza y en un alarde de sinceridad, siguió la amiga diciendo:

—No, María, yo no recuerdo haberte hecho un regalo desde que nos conocemos y menos uno como ese.

Y viendo que debía de “escapar” de esa conversación incomoda, porque no sabía de qué iba el tema, decidió terminar y marcharse:

—Por tanto, no os puedo ayudar porque tampoco sé donde se puede vender y, bueno, nada, me alegro mucho de veros y perdonadme porque me tengo que ir.

Se despidieron con unos besos.

Luis iba por la calle, como fuera de sí, hablándole a María con un tono que hacía que la gente que se cruzaba con ellos se les quedase mirando, mientras su mujer callaba.

Al llegar a su piso, María se encerró en el baño y Luis se fue a su habitación llamándola de todo, ya que no dejaba de pensar que el regalito, que daba ya por supuesto que se lo había hecho el ínclito José Heredia, había pretendido su mujer tenerlo en la estantería del baño, al lado del lavabo y delante de él cuando se aseaba o se afeitaba.

—¡Putade mierda! Dijo dando un portazo a la puerta de su habitación, echándose en la cama lleno de rabia y con los ojos rojos.

Por la noche, Luis se levantó y se encaminó a la habitación de María, donde ya dormía, así que agarrándola por los brazos hizo que se pusiera de pie y con una mano la cogió por el cuello diciendo con gesto enérgico, rostro desencajado y elevando la voz:

—¡María!, ¡quiero saber la verdad! ¡Hasta cuándo duró esa relación con tu jefe José Heredia? ¡Hasta cuándo? ¡Me lo vas a decir y ya!

María, viendo como su marido estaba realmente alterado, se asustó y dijo con voz entrecortada:  
—Hasta el noventa y tres.

Luis, con cara de sorpresa, soltó a su mujer, dejando que se sentara en la cama y le preguntó:

—¿Hasta 1993? ¿Y por qué hasta ese año?

—Porque se marchó de Madrid por la edad. Se fue a Bilbao —respondió María.

Su marido continuó con el interrogatorio:

—¿Cómo que por la edad?

—Sí, porque se jubiló y se fue de Madrid con su familia —respondió ella.

Luis, recordó en ese momento, que un día, en aquellos tiempos de su incipiente noviazgo con María, fue a buscarla a la salida del trabajo al mediodía y que fueron a comer a un bar donde normalmente lo hacía ella con sus compañeros de trabajo, coincidiendo también allí con José Heredia y, a la salida, después de la comida, ante su comentario de este sobre la apariencia de cierta edad cincuentona de su jefe, ella le manifestó que tenía solo cuarenta y cinco años.

Por lo que, tirando de calendario, perfectamente podía ser cierto lo que le contaba María en el momento presente, es decir, que la jubilación de su antiguo jefe se hubiera producido en el 93, al cumplir este los sesenta y cinco años, conforme a lo que estaba legalmente establecido.

La noche fue larga y corta a la vez.

Descubierta la larga aventura de María, ahora ya también estando casados, Luis le pidió a su mujer que fuera a sentarse con él en el sofá del salón. A lo que ella accedió.

Estando ya sentados los dos, Luis, que como consecuencia de lo desvelado estaba como si hubiera encajado en su cabeza un “crochet” de Mike Tyson, preguntó a su mujer sobre los detalles de esa vida paralela.

María, con una actitud de derrota en ese largo batallar, habiendo estado esquivando, un día sí y otro también, las preguntas de su marido, se explayó:

—Realmente la relación la habíamos dejado, bueno, con lo que tú ya sabes, es decir, la víspera de nuestra boda, pero, la verdad, ya había pasado un tiempo y no sé por qué lo hice. Fue una tontería.

María se paró un momento y continuó diciendo:

—Fue cuando vivíamos ya en San Fermín y una tarde, paseando con David —el hijo primogénito de ambos, que en aquel tiempo no había cumplido su primer año todavía—, al pasar junto a una cabina telefónica, se me ocurrió llamarlo, simplemente para preguntar qué tal le iba y él, después de hablar un rato conmigo, dijo que quería verme, por lo que cogió su coche y vino donde estábamos.

—Posteriormente, continuamos con encuentros periódicos cada quince o veinte días.

María, quizás por querer acabar ya con esa pesadilla, no había caído en lo que estaba contando, pero Luis sí.

Al marido y padre de David se le revolvían las tripas, no solamente por lo que le había hecho su mujer, sino por la falta de respeto y de vergüenza que habían tenido los dos, con sus encuentros sexuales sin importarles tener al niño delante y por eso, nuevamente recordando los consejos del detective al que visitó en su día y haciendo acopio de paciencia, continuó preguntando:

—¿Quedabais y lo hacíais en nuestra casa?

—No —siguió diciendo María—, José no quería exponerse a que en algún momento y que por alguna extraña circunstancia se nos pudiese descubrir y que no tuviera salida para irse, por lo que los encuentros eran siempre en su coche y en algún lugar apartado.

Luis, no podía aguantar más e hizo la pregunta demoledora con voz elevada:

—¿Y el niño?, ¡qué pasaba con David?, ¡dónde teníais a mi hijo?, ¡dónde lo dejabas? —y siguió

—, te recuerdo que no teníamos guardería donde llevarlo y estaba contigo porque no trabajabas.

María, en un primer momento quedó impactada, no había caído en ello cuando lo estaba contando, así que dijo con voz temblorosa:

—Lo llevábamos con nosotros en el coche y mientras estábamos en el asiento de delante, David se encontraba dormido en la parte de atrás.

Luis, imaginándose la escena, no pudo más, se levantó y tirándole a la cara uno de los cojines que tenía al lado en el sofá, le dijo con toda la rabia que le podía salir de dentro:

—¡Pedazo de puta! ¡Mala madre! ¡Asquerosa mujer! ...

Lo que pudo salir por aquella boca fueron una cantidad de insultos que hicieron a María temer por su integridad física, por lo que salió corriendo a encerrarse en el baño.

Luis, quedó solo en el salón, estaba sorprendido, confundido, “que su amor, por quien hubiera dado su vida, le hubiera hecho todo eso”, “toda esa faena”, “toda esa putada”, exclamaba para sus adentros indignado.

Estaba totalmente deshecho, por lo que procedió a llamar. ¿A quién? Por supuesto, a su hermana para que lo fuera a recoger porque se iba de casa.

Ante lo que le contó su hermano, Almudena llegó inmediatamente con su coche, cogieron algo de ropa de Luis y se marcharon. María continuaba encerrada en el baño.

Los hermanos fueron a casa de su madre, su padre había fallecido algunos años atrás, por lo que Luis se evitaba así la humillación de presentarse ante él, pues regresaba a su casa de soltero con unos cuernos que ni la ganadería de Alcurrucén, después de los reiterados avisos que le dio en su día su progenitor para que no se casara con María.

## CAPITULO XVI

### *El regreso de María*

María, poco después de que Luis se marchara de casa con su hermana, llamó a su hijo David para que la fuera a recoger con el coche, ya que había decidido irse con él a su casa.

Como era verano, últimos de julio, Luis se fue con su madre al chalé de la Sierra, ya que, aparte de que ahí el calor estival era más llevadero, también necesitaba un lugar tranquilo para poder pensar.

Mientras trataba de entretenerse haciendo labores de jardinero, albañil, etc., pasaban los días sin que le desaparecieran de la cabeza todos aquellos recuerdos de su etapa de noviazgo con María y que ya anteriormente se habían hecho presentes cuando creía que la infidelidad de su mujer solo se había producido durante ese período.

Recordaba los largos paseos por El Retiro, donde en el tronco de un árbol, todavía permanecía un corazón que él había grabado con las iniciales de sus nombres; las extracciones de sangre que le realizaban en la Fundación Jiménez Díaz a cambio de mil pesetas, para así, con ese dinero, poder atender a los gastos de meriendas, cines, bailes, etc.; los largos besos de despedida que por las noches se daban en la oscuridad del portal de la casa donde su amada vivía, solamente interrumpidos por la llegada de algún vecino que daba la luz de la escalera; etc.

Ahora, además, aparecían todos esos momentos vividos después de casados y teniendo ya a sus hijos, como sus nacimientos, cumpleaños, vacaciones, enfermedades, éxitos en los estudios, etc. y también todos aquellos primeros problemas económicos que, con la ayuda de sus padres, habían podido solventar.

Ahora todo quedaba mancillado y ultrajado porque con el recuerdo de cada instante de felicidad, le aparecía también la imagen de María con el "querido" echándole un polvo, ya fuera días antes o después de esos momentos recordados, en un coche o en cualquier otro sitio.

No, ni se trataba de una infidelidad esporádica, ni tampoco de breve permanencia, sino que se había producido desde el momento en que conoció a María hasta veinte años después. Ni siquiera el hecho de tener hijos le había hecho considerar la no continuidad de esa relación.

Luis, en su retiro estival, psicológicamente estaba destrozado y lo estaba pasando francamente mal, muy mal, ya que no tenía el apoyo de nadie. Su hijo David no se había acercado tan siquiera para ver como estaba. Lauro se encontraba en Canadá, pero mejor así, si hubiera estado en Madrid hubiera sido otra decepción.

Era desesperante, no se le apartaban de la cabeza todos esos pensamientos y, además, echaba en falta su casa y sobre todo a ella. Sí, sobre todo añoraba la vida junto a María.

También pensaba en las consecuencias económicas de un divorcio, para él podía ser la ruina.

Por todo ello, empezó a pensar en la posibilidad de hablar con su mujer, "tenía que regresar a casa antes de echarse todo a perder". Así que un día llamó por teléfono a su hijo David y le dijo:

—Hijo, hazme el favor de decirle a tu madre que me gustaría quedar con ella para ver que vamos a hacer.

David le respondió:

—No sé, mamá está muy disgustada —"encima", pensaba Luis—, pero no te preocupes, se lo comentaré y ya te diré lo que sea.

A lo que contestó su padre:

—Vale, mi pretensión es la de quedar a merendar y, si le parece bien, podía ser el domingo, es decir, pasado mañana, por ejemplo en el VIPS de la calle Alcalá.

Su hijo sabía cuál era, ya que había ido allí a celebrar algún que otro cumpleaños con sus padres.

—Ok, se lo digo y ya te cuento —contestó David.

Se despidieron y colgaron.

Durante todo el día del viernes Luis esperó y no recibió ninguna llamada de David, pero, sin embargo, al día siguiente y mientras desayunaba, recibió la comunicación esperada.

Había visto el número de teléfono de su hijo en el móvil, así que cogió el teléfono y dijo:

—¿Sí?

—Hola —respondió David—, he hablado con mamá y dice que vale, mañana a las siete en el VIPS de la calle Alcalá.

Su padre le dijo que estaba de acuerdo y agradeciéndole su intermediación se despidió.

Luis todavía estaba confuso, ya que después de haberse quitado de encima la ansiedad por ver si María estaba dispuesta o no a que se vieran, sin embargo, no las tenía todas consigo sobre si estaba haciendo lo correcto, es decir, dudaba sobre si psicológicamente estaba preparado para dialogar con la infiel.

Precisamente, unos días antes había estado hablando con su hermana sobre lo mal que lo estaba pasando y de las dudas que tenía sobre lo que debía hacer.

Almudena le aconsejó que visitase a un psicólogo y como Luis aceptó el consejo, su hermana, de acuerdo con él, le concertó una cita, con uno que ella conocía, para el martes siguiente, es decir, dos días después del encuentro acordado con María.

Llegó el domingo y a las siete menos cuarto Luis ya estaba ocupando una mesa en el VIPS, donde había quedado con María.

Había pedido una cerveza sin alcohol bien fría, ya que hacía calor en la calle, aunque quizás dentro del local el ambiente era más bien fresquito al estar bastante fuerte el aire acondicionado.

Ya se había consumido casi la totalidad de la cerveza cuando, diez minutos después de las siete, hora en la que habían quedado, apareció María que, ocupando el asiento que se encontraba frente a Luis, le dijo secamente:

—Hola.

—Hola, ¿qué tomas? —correspondió su marido.

María, durante unos segundos, se quedó pensando sobre que consumir y finalmente dijo:

—Una cerveza sin alcohol.

Luis siguió preguntando:

—¿Y algo para comer?

—Bueno. Un sándwich mixto —respondió su mujer.

El marido, inmediatamente recordó que eso era siempre lo que ella pedía cuando salían a merendar siendo novios, así que se preguntó, si quizás lo había hecho a propósito.

Cuando llegó el camarero, pidió que les trajera dos sándwiches mixtos y dos cervezas sin alcohol, ya que, de la servida para él a su llegada, no le quedaba prácticamente nada.

Luis empezó hablando de lo mal que lo estaba pasando con motivo de lo desvelado, a lo que María respondió:

—Luis, te juro que con aquel hombre no he tenido nada después de que me casara contigo.

Su marido quedó en un primer momento como ese boxeador que al empezar un combate espera un cruce de golpes de tanteo y, sin embargo, sin esperarlo, su contrario le sorprende con un derechazo que le hace bastante daño.



Pero, sin inmutarse mucho y considerando que el objeto de la reunión no era el de volver a hablar de lo que pasó, continuó exponiéndole a su mujer el guion que había preparado para convencerla de que regresara a casa.

Le habló de los nietos, de la vida familiar que llevaban, de lo bien que les iba económicamente, etc.

En definitiva, de todo lo bonito que les rodeaba, que era casi el cien por cien de lo que giraba alrededor de sus vidas, excepto, claro está, el asunto de marras del que Luis se cuidó mucho de no sacar en la conversación.

Transcurrió un buen rato durante el que los dos hablaron de todo eso y María, viendo que el encuentro se había alargado bastante y que era ya tarde, quiso poner fin al mismo diciendo:

—Bueno, son las once ya, creo que nos debemos de marchar, pero, eso sí, tengo que decirte Luis que, en contra de lo que pensaba cuando he llegado, ante tu propuesta de convivir juntos nuevamente, viendo como se ha desarrollado la tarde, viviéndola como en aquellos tiempos de novios, comprendiendo además que hemos pasado ya mucho juntos, lo que puede afectar también a nuestras familias y, sobre todo, por nuestros nietos, te digo que vale; sí, volveré a casa.

Luis pidió la cuenta, pagó al camarero y, al salir, se ofreció a María para llevarla en su coche a casa de David, a lo que ella accedió.

## CAPITULO XVII

### *La confesión*

El martes siguiente, Luis fue a la cita con el psicólogo, amigo de su hermana. El marido engañado seguía dudando sobre qué hacer, por un lado tenía miedo de separarse de su mujer después de más de cuarenta años de convivencia, prácticamente sin haberse dejado de ver cada día, ya que podían contarse con los dedos de la mano los que no habían estado juntos y, por otro lado, la rabia y el dolor que le producía la infidelidad continuada en el tiempo por parte de María, que le hacía desear que desapareciera de su vida y cuanto antes mejor.

Por ello, una vez ante el psicólogo y ante su pregunta:

—Cuénteme, ¿qué le ha hecho venir a verme?

Luis pasó a narrarle toda la historia de su relación con María.

En primer lugar, su etapa de novios y lo que había descubierto de su infidelidad durante ese período.

Después, su largo período de casados y lo que había logrado saber recientemente sobre la continuidad de aquella relación secreta que se había convertido en adulterio de su mujer.

Terminando por hablarle de lo que le había dicho María en su encuentro del pasado domingo, es decir, “que no había tenido ninguna relación con su antiguo jefe ni con nadie después de casados, habiéndole sido siempre fiel después de su boda”, pero que, por supuesto, él no la creía.

El psicólogo, según iba narrando Luis todo lo anterior, le observaba detenidamente y percibió que ese marido, largamente engañado, seguía queriendo a su mujer y que, por tanto, ante todo lo acontecido estaba sufriendo mucho.

Así que, cuando aquel acabó el relato, le dijo:

—Mire, no sé qué será lo mejor tanto para usted como para su mujer, es decir, no sé si sería bueno para ambos que continúen juntos o que se separen, pero de lo que si estoy seguro es que, para tomar la decisión que sea, lo que se necesita ya, de una vez para siempre, es un gesto de sinceridad por parte de María hacia usted y pienso que esto es lo que debe darse antes de empezar de nuevo a compartir sus vidas, por lo que creo que, una vez que ella regrese al hogar conyugal, se lo tiene usted que indicar.

Y continuó diciendo:

—Una vez que se sepa la verdad, habrá que afrontar la realidad, sobre todo por usted, ya que, en el caso de que sea cierta la infidelidad y decidan continuar conviviendo, usted deberá realizar un ejercicio de voluntad para no volver a pensar en ello y, sobre todo, de no volver a sacar el tema recriminando a su mujer nada de lo sucedido. Sin embargo, si usted creyera, haciendo un ejercicio de autoconvicción, que no va a poder aguantar, entonces hay que tomar la decisión de separarse.

—Ahora bien, si le volviera a insistir en que ella no ha hecho nada de lo que le contó, también está en usted el creerla o no para poder continuar juntos o para separarse.

—Pero lo primero, ante todo, es ese necesario gesto de sinceridad que debe darse definitivamente por parte de su mujer. Dígaselo usted así.

—En cualquier caso,—terminó señalando el psicólogo—, aquí me tienen para ayudarlos, tanto a usted como a su esposa; bueno, claro está, si quisiera venir a verme, sola o acompañada por

usted.

Al día siguiente, miércoles, Luis, que había quedado con María en ir a recogerla con su coche a las nueve de la tarde, estaba a esa hora en punto llamando al telefonillo del piso de su hijo David, donde ella se había ido a vivir cuando se fue del hogar conyugal.

Le abrieron y subió en el ascensor, era un sexto piso.

Cuando su mujer abrió la puerta de la vivienda, Luis vio con sorpresa que ya estaba esperando con la maleta preparada. Además, no estaba su nuera ni las nietas —David tenía dos niñas pequeñas—, ya que habían ido a un centro comercial, por lo que no se entretuvieron. Y con su hijo fue un simple saludo y un adiós.

Durante el trayecto a su casa, el matrimonio casi no habló y solo lo hizo para referirse en un par de ocasiones a las ocurrencias que, a veces, tenían sus nietas Estefanía y Carolina, que así se llamaban las hijas de David.

Una vez que llegaron a su piso y casi sin tiempo de dejar la maleta de María, que gentilmente había subido Luis, este tuvo que coger el teléfono, dado que, en el instante en el que entraban, estaban llamando:

—¿Sí?

Al otro lado del teléfono contestó su hijo David:

—Hola papá, se me había olvidado comentarte que esta mañana hablando con Karen —así se llamaba su mujer—, hemos pensado que os podíais venir con nosotros a Peñiscola, donde vamos a pasar la semana que viene de vacaciones. Creemos que nos vendría bien a todos.

—Lo único —continuó David—, es que nosotros ya tenemos alquilado apartamento y no vamos a poder estar todos en él.

—No te preocupes —le dijo su padre—, ahora mismo lo hablo con tu madre y si está de acuerdo llamo a un hotel de la zona para reservar habitación y con lo que sea ya te digo.

—Ok —respondió David.

A continuación, Luis se lo comentó a María, dando esta su asentimiento diciendo:

—Por mí no hay inconveniente, algo ya me había comentado Karen esta mañana.

Inmediatamente, Luis, utilizando Internet, se puso a buscar hotel en Peñiscola.

Encontró uno cerca de donde iba a estar alojado su hijo con su familia. Así que llamó por teléfono a ese hotel y le dijeron que solo les quedaba una habitación doble.

—¡Qué suerte!, —pensó Luis. Por lo que, después de que le dijeran el precio y aunque le pareció un poco caro para una economía de clase media como la de ellos, lo dio por bueno y reservó.

Ya tenían María y Luis las vacaciones de verano para ese año, cosa que según se habían desarrollado los acontecimientos unos días atrás, ni lo hubieran pensado. Así que, acto seguido, Luis llamó a su hijo David para decírselo, de lo cual este se alegró.

Luis tenía preparado algo de comida, por lo que lo sacó a la mesa del comedor y el matrimonio cenó viendo la televisión.

Posteriormente a la cena, María dijo que se encontraba cansada y se fue a dormir a la habitación en la que, hasta antes de marcharse, lo había venido haciendo y que no era la de matrimonio, donde, sin embargo, sí dormía su marido.

Al día siguiente, jueves, dado que salían el domingo para Peñiscola, Luis se acercó al chalé de la Sierra —la casa familiar de sus padres que a su vez servía de trastero—, a fin de coger las sombrillas y las sillas de la playa que guardaban allí.

Regresó al mediodía y después de comer con María, preparó unos cafés —de eso se cuidaba siempre él—, que tomaron una vez sentados en el sofá del salón, disponiéndose a ver la

acostumbrada película de vaqueros que echaban en Telemadrid.

Por ello, aprovecho ese momento de tranquilidad para trasladar a su mujer lo aconsejado por el psicólogo el martes:

—María, como yo, en cuanto a lo nuestro, navego en un mar de confusiones, el martes estuve en la consulta de un psicólogo y después de contarle todo, tal y como lo he ido sabiendo, me ha dicho que lo que procede antes de reiniciar nuestra relación matrimonial, es aclarar realmente lo que pasó y que, para eso, se necesita por tu parte un gesto de sinceridad.

—Yo —continuó diciendo el marido—, ya había asumido que me habías estado engañando hasta el año en que se jubiló el tal José Heredia, según tú misma me dijiste, y con esa idea incluso quedé contigo el domingo para proponerte que volvieras a casa.

—Sin embargo, en aquel momento, sin yo preguntarte nada, me dijiste que “no habías tenido relación con tu exjefe después de casados”. Por eso, te pido por favor que me cuentes realmente lo que pasó, porque, además, ya es eso, pasado. Eso sí, te ruego, que, antes de decir nada, pienses lo que vas a decir, ya que te repito, como bien dice el psicólogo, es necesaria la sinceridad por tu parte para que pueda existir a partir de ahora confianza y estabilidad en nuestro matrimonio, de una vez para siempre María, de una vez para siempre.

La tarde era calurosa, pero, sin embargo, el aire acondicionado del salón estaba funcionando perfectamente, por lo que existía cierto ambiente de comodidad y tranquilidad.

María, ante lo pedido por su marido, se quedó un tiempo pensativa, mirando a la televisión y sin decir nada.

Luis la dejó ese tiempo, porque vio que María estaba reflexionando y ante esa actitud de su mujer, pensó que, efectivamente, iba a ser cierta la infidelidad hasta después de casados y no únicamente en la etapa de novios, algo que todavía, aun con los hechos y confesiones que se le habían dado, mantenía la esperanza de que le pudiera dar alguna explicación razonable para que se convenciera de que realmente no había ocurrido.

María, pasado un rato sin hablar, se decidió por fin a hacerlo. Así que, sentada con la cabeza gacha y con las manos en la cara, dijo:

—Sí, los encuentros que tuve con aquel hombre se fueron produciendo hasta el año en que se jubiló y se marchó de Madrid.

—Me dijiste a Bilbao ¿no? —interrumpió Luis.

—Bueno —siguió ella—, no sé, al norte.

Como parecía que María tenía por fin la lengua suelta, su marido quería aprovechar la ocasión y continuó preguntando:

—Cuando eran los niños pequeños ¿qué hacíais?, ¿los llevabais con vosotros?

—No, nunca a los dos —continuó María—, acuérdate que cuando nació Lauro empezaba a ir al colegio David, por lo que nunca fuimos con los dos.

Luis, que hacía de tripas corazón, pensó que era el momento y que por tanto había que seguir preguntando para conocer más. Así que dijo:

—Entonces, lo de aquella miniatura de baño, no fue Carmen, sino José Heredia quién te la regaló, ¿verdad?

A lo que respondió María:

—Sí, coincidió que el día anterior al que nos vimos, había sido mi cumpleaños y me trajo ese regalo.

—¿Y aceptaste que fuéramos a ver a Carmen? —dijo Luis entre pregunta y afirmación.

—No sabía qué hacer, todo se estaba precipitando y complicando desde el día en que empezaste a descubrir cosas.

—¿Cada cuanto tiempo os veáis? —siguió preguntando Luis, no queriendo desaprovechar la ocasión.

—Cuando eran los niños pequeños —respondía María— y todavía no iban al colegio, dejábamos un tiempo entre uno y otro encuentro, después, cuando ya los dos fueron al cole, las citas se hicieron más frecuentes, cada diez o quince días y, eso sí, solo durante dos o tres horas.

—¿Y siempre en su coche? —preguntó su marido.

—Sí —respondió María con contundencia, diciendo además:

—Bueno, ya lo sabes todo, ahora ya no tengo nada que contar y sé que está en tu mano el que continuemos o no, pero, sí te ruego, por favor, que no vuelvas a sacar el tema. Yo he cumplido con lo que ha pedido tu psicólogo, ¿no?, pues ya está.

—Yo era todavía joven y no sé, estaba loca. Ahora he comprendido que nunca debió de ocurrir, pero se hizo costumbre.

—¿Te prometió algo el tal José Heredia? —Luis reinició las preguntas.

—No —contestó María—, al revés, él siempre me avisó de que no iba a dejar nunca a su mujer, pero que lo que estábamos haciendo tampoco ocasionaba nada malo, porque como ni ella ni tú os enterabais, no sufríais. Era, además, como algo que estaba ahí, de paso, ya que yo vivía luego muy feliz en mi casa, contigo y con los niños.

Al marido engañado, ante aquellas respuestas de su mujer, no le faltaron ganas de cogerla y estamparle la cabeza contra la pared, pero se contuvo, ya que enseguida pensó en lo del viaje a Peñiscola y —según le había contado su hijo David— en lo ilusionadas que estaban sus nietas porque iban a estar en la playa con sus abuelos. Así que se levantó y fue a su habitación a arreglarse para ir al médico, ya que tenía cita para que le hiciera unas recetas en relación con las pastillas que estaba tomando para la tensión.

Cuando iba a salir por la puerta, le preguntó María:

—¿Puedo acompañarte?

Luis, casi saltándosele las lágrimas, por la rabia y el dolor contenidos que llevaba dentro y porque él, con todo lo que le había contado su mujer y de la forma que lo había ido sabiendo, se le hacía como una pesadilla, contestó:

—Sí, claro.

## CAPITULO XVIII

### *La esquela*

Era ya la víspera del viaje a Peñiscola y por tanto, habían transcurrido dos días desde la confesión de María, cumpliendo esta ese gesto de sinceridad que su marido le había pedido siguiendo el consejo del psicólogo.

Luis no lo estaba pasando bien, ya que no podía ocultarse a sí mismo que había tenido la esperanza de que le hubiera dicho que no, que no era verdad y que le había sido fiel, por lo menos desde que se casaron, dando alguna explicación del por qué había optado por “mentir”.

Pero no, María le había confirmado lo que ya le había dicho anteriormente, que, efectivamente, le había sido infiel hasta casi veinte años después de casarse y Luis llevaba dos días con ganas de decirle de todo a su mujer, pero el hecho del inminente viaje acompañando a su hijo en las vacaciones familiares, lo hacía contenerse.

Necesitaba desahogarse con alguien, contándole lo que le había confesado María y quién mejor para ello que su siempre paño de lágrimas, Almudena. Así que optó por ir de nuevo al chalé, donde estaban veraneando su hermana y su madre, diciéndole a María que el día que fue a recoger las sombrillas se le habían olvidado algunas cosas para la playa.

Luis, cuando llegó al chalé, su madre estaba ocupada haciendo algunos trabajos de jardinería, por lo que, después de saludar a las dos, aprovechó el momento para hablar a solas con Almudena que estaba tomando un café en la cocina:

—Ya me he enterado de todo —le dijo Luis a su hermana.

—¿De qué? —preguntó ella

—De lo de María con su exjefe. Me lo confesó todo el jueves, ya que le pedí sinceridad de acuerdo con lo que me aconsejó tu amigo el psicólogo

Luis, con lágrimas en los ojos, empezó a narrarle a su hermana todo lo que le había contado su mujer y, además, le dijo lo mal que lo estaba pasando, ya que esta no había tenido respeto tan siquiera para evitar esos encuentros sexuales mientras estaba embarazada de sus hijos e incluso, siendo estos pequeños, se los habían llevado con ellos en el coche, esperando a que se durmieran en el asiento trasero para empezar su particular “fiesta”.

Almudena, no daba crédito a lo que escuchaba y se quedó totalmente sorprendida, tenía la esperanza de que no fuera verdad la confesión que realizó María en su día, cuando su hermano la agarró por el cuello, pues creía que como consecuencia de ese hecho, podía haberse sentido su cuñada amenazada y que, por ello, hubiese aceptado contar las barbaridades que dijo haber cometido. Pero ahora, resulta que lo había confesado todo sin presiones. Así que le aconsejó:

—No sé si vas a continuar con María, pero si lo haces, ya sabes, *Carpe Diem*. Es decir, vive todo lo bien que puedas y diviértete, pásatelo en grande. Pero eso sí, creo que lo que deberías de hacer es divorciarte, ya que no lo vas a aguantar durante el transcurso de los años que vivas a su lado.

Después de dar un sorbo del café que se estaba tomando, siguió diciendo:

—Pienso que deberías haber dado ese paso, el de separarte, en el momento que supiste lo de su encuentro con el tipo ese la víspera de vuestra boda, teniendo, además, a tu futuro hijo en su vientre, pero ahora debéis ir con David y su familia a Peñiscola, como habéis quedado, y pásatelo

todo lo bien que puedas, disfruta con tu hijo y con tus nietas.

Luis cogió unas palas de playa, un juego de petanca y algunas cosas más, despidiéndose de su madre y de su hermana para regresar a Madrid.

Llegó a su casa a la hora de la comida, que ya tenía María preparada, era un arroz a la cubana, plato que ella sabía que le encantaba a su marido, así que se dispusieron a comer.

Después de almorzar se sentaron a ver en la televisión la película de tarde acostumbrada, tomando un café, que Luis, como siempre, había preparado.

Una vez terminado el filme, María se dispuso a hacer las maletas y su marido se fue a revisar el coche.

Cuando volvió Luis, ya era cerca de la hora de cenar, pero antes de ponerse a ello, quiso consultar en Internet la ruta para ir a Peñiscola.

Viendo el mapa de carreteras en Google, apareció, por encima de la Comunidad Valenciana, una localidad a la que Luis dirigió sus ojos. Era Hospitalet de Llobregat, uno de los lugares de la provincia de Barcelona, desde donde se realizaban llamadas que, no hacía mucho tiempo atrás, María recibía en su móvil y que él pensaba que podían ser de aquel noviete que tuvo su mujer, el tal Roberto, y que no había quedado aclarado.

Entonces, se le ocurrió la idea de introducir en Google una búsqueda referente al nombre y apellidos del exjefe de María, añadiendo, además, el nombre de esa localidad, Hospitalet de Llobregat.

Dio a la tecla *intro* y ¡bingo! Ahí, en el primer resultado de la búsqueda, apareció en la página de “rememori.com” la esquila de un individuo con los mismos datos de nombre y apellidos que los del ínclito José Heredia y cuyo cadáver había sido enterrado a principios de 2012, precisamente, en Hospitalet de Llobregat. El fallecido tenía al morir ochenta y tres años, que coincidía con la que tendría el amante de su mujer, teniendo en cuenta el año en que se jubiló, según lo contado por ella.

Así que, se levantó y le dijo a María gritando:

—¡No lo dejasteis nunca!

Acompañando lo dicho con algunas “lindezas”, agarró a su mujer por el brazo y la llevó delante de la pantalla del ordenador para que viera la esquila.

María se quedó, en un primer momento, estupefacta y luego, reaccionando, dijo a su marido:

—Bueno ¿y qué? puede ser otro —y continuó diciendo con voz de enfado—. Habíamos quedado en tratar de olvidar el tema y tú sigues buscando. Mira, me voy a la cama.

María dejó la cena, que ya había servido para los dos, y se fue a su habitación.

Luis tampoco cenó, pero recogió la mesa, tirando a la basura unas apetecibles ensaladas que habían quedado sin tocar.

Al día siguiente, a primera hora y sin coincidir juntos, desayunaron en la cocina y después, cada uno con su maleta preparada el día anterior, sin decirse una palabra, se dirigieron a coger el coche para iniciar el viaje a Peñiscola, ya que tenían que entrar en el hotel antes de la hora de la comida, al tenerla ya pagada.

Su hijo y su familia saldrían más tarde, pues no tenían prisa al haber alquilado un apartamento.

Ni que decir tiene, que el viaje de María y de Luis en el coche, no fue nada agradable, pues el marido no dejaba de hablar de la “casualidad”, producto de su búsqueda en Internet e insistía a su mujer diciendo que le contara el resto.

Ella que, unos días antes, ya había confesado que había sido infiel hasta el año en que se jubiló su amante, en ese momento callaba, lo cual, todavía encendía más a Luis.

Esa noche, una vez ya todos en Peñiscola, cenaron con su hijo David y familia en un restaurante

del paseo marítimo, pero, como estaban muy cansados, no duró mucho la velada y se fueron pronto a dormir.

Luis, al entrar con su mujer en la habitación del hotel, cerró la puerta enérgicamente y cogiéndola por los brazos la obligó a que se sentara en un sillón que estaba al lado de la cama.

El marido, a continuación, con el mando de la tele en su mano derecha y señalándola con él en actitud amenazante, le dijo:

—De ahí no te levantas hasta que me digas ¡de una puta vez! hasta cuando duró lo tuyo con tu jefe. ¡Venga!

A lo que María, le contestó:

—Vamos a tener las vacaciones en paz y te lo cuento cuando regresemos a Madrid.

Luis, quemadísimo, respondió categóricamente:

—¡No puedo más! ¡Quiero que me lo cuentes ahora!

María, ya con aire de derrota le dijo:

—Vale, está bien, ¿quieres que te lo cuente?, pues te lo voy a contar.

La infiel le dijo a su marido que, después de jubilarse José Heredia, este se fue a vivir con su familia muy cerca de Barcelona y que de vez en cuando se desplazaba a Madrid por negocios.

—Entonces —siguió contando—, cuando iba a venir me llamaba para ver si podíamos quedar, lo que se producía unas tres o cuatro veces al año.

Continuó diciendo que, siendo él ya mayor, uno de los días que vino a Madrid, le comentó que le habían diagnosticado un cáncer de estómago y que, por eso, a partir de ese momento, dejó de venir a Madrid, por lo que dejaron de verse, ocurriendo esto en 2010.

Todo eso lo contó María sentada en el sillón y sin mirar a su marido.

—¡Toda la vida! ¡Joder! ¡Toda la vida! ¡Qué perra que eres! —dijo el marido llenó de rabia.

Para evitar que pudiese cometer una barbaridad, se marchó de la habitación dejando sola a María.

Se volvían a repetir las mismas acciones de otras ocasiones, es decir, con el coche poner rumbo desconocido y al cabo de un rato llamar a su hermana Almudena, su paño de lágrimas, nunca mejor dicho, porque llevaba los ojos totalmente inundados, estando a punto varias veces de salirse de la carretera, ya que prácticamente no veía ni por donde iba.

—¿Sí? —contestó Almudena con voz soñolienta debido a que ya se encontraba durmiendo al ser la una de la madrugada.

A su hermano casi no le salían las palabras y ella le dijo:

—Luis, por favor, serénate, ¿qué pasa?

Tragándose la saliva, el marido engañado pudo hablar:

—¡Hasta que murió!, ¡hasta que murió en 2012!

Y continuó diciendo:

—Casi cuarenta años de infidelidad.

—¡Por qué se comprometió conmigo? ¡Por qué se casó? ¡Por qué tuvimos hijos? ¡Qué mal le hice yo?

Su hermana lo dejaba desahogarse:

—¿Cuál ha sido mi pecado? ¿Qué he hecho yo? ¿Quererla? ¡Hubiera dado mi vida por ella! Hubiera sido tan fácil que lo dejáramos cuando al principio de nuestro noviazgo quise hacerlo y, sin embargo, ella me llamó diciendo que no tenía nada que ver con ese hombre ¡Por qué, Almudena? ¡Por qué?

Su hermana dejó un espacio de tiempo antes de contestar y le dijo:

—Luis, regresa al hotel y no le amarguéis las vacaciones a David, ya que él y su mujer trabajan



duro durante todo el año y tienen únicamente esta semana para ir a la playa con las niñas. Han querido también ir con vosotros, así que por favor, haz de tripas corazón y luego aquí en Madrid ya hablas de lo que sea con María.

Y continuó diciendo:

—Pero ya sabes lo que te dije antes del viaje, o tomas ya la decisión de separarte o si no, *Carpe Diem* Luis, *Carpe Diem*.

La semana de vacaciones en Peñiscola la sobrellevó el marido engañado como pudo, ya que él, aun teniendo ganas de regresar a Madrid, sin embargo, por no estropear las vacaciones de su hijo y familia, decidió continuar.

No dejaba de pensar en tantos momentos de vacaciones, en lugares de playa que había pasado con sus hijos y con María y que para él habían sido días muy felices, aunque ahora se habían transformado en amargos recuerdos al pensar que en ningún momento de su vida junto a su mujer esta le había sido fiel.

Sin embargo, de esos días en Peñiscola, le quedó un recuerdo imborrable de lo bien que se lo pasó en la playa jugando con sus dos princesas, como él llamaba a sus nietas.

## CAPITULO XIX

### *Aitor*

De regreso ya en Madrid, Karen, habiendo notado la frialdad en la relación matrimonial de sus suegros durante esa semana de vacaciones en la playa, les sugirió que fueran a la consulta de un psicólogo, del que, precisamente, tanto ella como David eran amigos.

La nuera de Luis y de María sabía que ese amigo se dedicaba, especialmente, a la ayuda psicológica de matrimonios con desavenencias y se ofreció, en el caso de que quisieran ir a verlo, para hablar con él y concertarles una cita.

Luis, después de haber conocido la larga relación de su mujer con José Heredia, casi cuarenta años, es decir, durante toda su vida de novios y de casados, estaba como "grogui" sin saber realmente que hacer, pero le pareció buena la idea de su nuera y a María también.

Llegado el día que tenían que ir a la consulta del psicólogo, Luis le pidió a su mujer que previamente se pasaran por casa de su hijo David para contarle todo lo referente a su infidelidad, ya que podía no querer que su amigo lo conociera, pues, aunque Karen había concertado la cita, él, si supiera realmente toda la historia, podía estar en desacuerdo.

María y Luis se presentaron en casa de su hijo, donde este estaba todavía de vacaciones laborales.

Nada más llegar, su padre le contó toda la historia de la infidelidad de su madre, siendo todo confirmado también por María, pidiéndole, además, perdón a su hijo.

David, pasados un par de minutos de silencio encajando la noticia, les dijo que a él no le importaba que fueran a la consulta de su amigo, ya que, en primer lugar, la vida de sus padres no tenía nada que ver con la suya y, en segundo lugar, Aitor, que así se llamaba el psicólogo, era un verdadero profesional. Sin embargo, después de lo que, en ese momento se le había contado, les continuó diciendo:

—Pero eso sí, lo tengo claro, si a mí Karen me hace algo así, no duro ni un minuto más a su lado, por lo que creo que la solución no está en la terapia de pareja sino en el divorcio.

María y Luis, ya con el "permiso" de su hijo, fueron a la consulta de Aitor, donde, ante las preguntas de este a María, ella le contó todo lo referente a su infidelidad.

La visita duró hora y media, terminando la misma con unos consejos del psicólogo para Luis en cuanto a actitudes que debía tener para encajar con el menor trauma psicológico lo descubierto y para facilitar una mejorable relación de pareja con su mujer.

Fueron a la consulta otro día, desarrollándose la visita con la misma dinámica que en la anterior.

Todo se iba desarrollando con cierta normalidad, dado que ya la infidelidad de María la conocía su marido, su hijo David y, además, iban a terapia de pareja. Sin embargo, unos días después de esa segunda visita al psicólogo, regresó de Canadá junto a su familia, Lauro, el segundo hijo de María y de Luis, que inmediatamente fue informado por su hermano de todo lo acontecido.

Lauro, mediante llamada telefónica, quedó con sus padres en ir a visitarlos al domingo siguiente para hablar con ellos sobre lo que le había contado David.

Llegó ese día y Luis se quedó muy sorprendido cuando su hijo, nada más entrar en la que fue su

casa familiar, le pidió que lo dejara a solas con su madre para hablar primero con ella y luego ya con los dos.

Su padre accedió saliendo a la calle un rato, pero no habían pasado ni cinco minutos cuando Luis recibió un *whatsapp* de su hijo indicándole que podía ya subir al piso.

La sorpresa fue mayúscula para Luis cuando su hijo le espetó:

—Mi madre no ha hecho nada de lo que te ha contado.

El padre no salía de su asombro y ante la mirada de sorpresa e interrogante que dirigía a su mujer, esta le dijo:

—Sí Luis sí, yo no he hecho nada de lo que te he contado. A ese hombre, mi exjefe, no lo he vuelto a ver desde que salí de la empresa.

Al pobre Luis, lo único que se le ocurrió en ese momento fue llamar a Aitor, el psicólogo, para contarle la “novedad”.

Aitor, casi se quedó más sorprendido que él y le dijo:

—Mira Luis, ahora el que va a necesitar un psicólogo soy yo, ya que no me puedo creer que una mujer que viene a mi consulta con ánimo de arreglar su futuro junto a su marido, contando con detalle una infidelidad continuada en el tiempo y que es causa de sus problemas conyugales, resulte ahora que todo eso que contaba era mentira. Pero ¿por qué no lo dijo antes? ¿Qué es lo que pretendía? ¿Volvemos locos a todos?

Y siguió diciendo:

—Luis, te aconsejo que no te acalores, que pases el domingo tranquilo y mañana a las diez, si quieres, te pasas por mi consulta y hablamos. ¿Ok, Luis? Tranquilo, sobre todo tranquilo.

Cuando ya se marchaba Lauro, su padre lo acompañó hasta el coche tratando de hablar con él para contarle los hechos y casualidades que conocía y que su madre le había confirmado respecto a esa relación que había tenido con el tal José Heredia; pero Lauro no le hacía ni caso, desviando, además, la mirada hacia el lado contrario al que iba su padre.

Al subir al piso, Luis, nada más entrar, le dijo a su mujer:

—¿Pero qué pedazo de sinvergüenza eres!

A lo que María le respondió, encerrándose, al mismo tiempo, en su habitación:

—Ya te dije que haría todo lo posible para que ni mis hijos ni mi familia se enteren de la verdad.



Al día siguiente Luis visitó a Aitor en su consulta, donde este después de hablarle un rato sobre lo ocurrido el día anterior, le dijo que tenía muy claro que no era mentira la infidelidad de María y le aconsejó:

—Creo que ha llegado la hora de que te olvides de la terapia de pareja y que las consultas, si quieres seguir viniendo, las centremos sobre ti, porque creo que vas a necesitar ayuda y, por supuesto, deberías de pensar ya en la posibilidad de separarte de María, pues ha desaparecido la sinceridad y, por tanto, la confianza.

—Respecto a tus hijos, qué te voy a decir, pues que aun cuando les enseñaras fotografías de tu mujer con su amante haciéndolo en la cama, iban a decirte que las habías trucado.



Pasaron unos pocos días y Luis, que estaba ya estudiando las consecuencias familiares y

económicas de una posible separación matrimonial, una mañana coincidiendo con su mujer a la hora del desayuno en la cocina, dijo un poco exaltado:

—¡Joder María! Te ibas con tu “querido” José Heredia a follar sin importarte que tuvierais que llevaros con vosotros a los niños. ¡No tienes vergüenza! ¡Qué asquerosa!

—Bueno, cuando los niños eran pequeños no nos veíamos tan frecuentemente. —indicó su mujer.

Como María estaba al lado de Luis preparándose el café, este, en un ánimo de apartarla de él, con su brazo extendido la desplazó, dando María con la espalda en la puerta de la despensa que estaba justo detrás de ella, mientras su marido decía gritando:

—¡Y todavía tienes el valor de justificarte?

Luis estaba notablemente alterado al recordar el hecho de que su mujer se llevaba a sus hijos, siendo pequeños, cuando quedaba con su exjefe, como ella lo había contado, y también, por la escena que imaginaba estando sus hijos dormidos en el asiento trasero del coche mientras los amantes fornicaban.

María, viendo que la discusión iba “in crescendo” y sin saber realmente en que podía derivar la misma, pues su marido estaba bastante sobresaltado, optó por encerrarse en el baño y llamar desde su móvil a su hijo David para que fuera a recogerla, ya que había decidido irse del hogar conyugal definitivamente.

David llegó para llevarse a su madre y cuando esta tenía ya preparada la maleta, se dirigió a su padre que estaba, totalmente hundido y con lágrimas en los ojos, sentado en el borde de la cama de matrimonio:

—Papá, esto no puede continuar así, por tanto, me llevo a mamá unos días a mi casa. Luego, cuando la deje, vendré de nuevo a verte.

Al poco rato, después de haberse marchado su mujer con su hijo, apareció Almudena, la hermana de Luis, ya que la había llamado David para que, si podía, fuera a hacer compañía a su padre.

Ella se quedó todo el día con su hermano y, sin embargo, ni David regresó, como le dijo a su progenitor que iba a hacer, ni tampoco fue su otro hijo, Lauro, al que su hermano le había contado lo que había pasado.

Después de lo ocurrido ese día, Luis tuvo necesidad de iniciar un tratamiento con medicamentos que le prescribió Aitor, pues los hechos le habían generado una depresión importante, habiendo tenido que desplazarse en varias ocasiones a Urgencias por graves crisis de ansiedad.



Cuando al poco tiempo de lo ocurrido llegó la Nochebuena, Luis se encontraba sólo en casa y aunque su hermana y su madre le habían insistido en que fuera a la suya para cenar con ellas, prefirió quedarse esperando alguna llamada de sus hijos.

Eran las nueve de la noche y la llamada se produjo, pero, solamente, para manifestarle el deseo acostumbrado de felicidad e indicarle, además, que iban a estar los dos hermanos y sus familias respectivas cenando en casa de David. Y también, como no, junto a su madre.

—Qué ironía —pensó Luis, "sus hijos le habían deseado felicidad para esa noche". Qué gran detalle.

Luis tomó un par de somníferos y se fue con bastante aflicción a la cama.

## CAPITULO XX

### *Fantasías de amor*

Pasaron dos años desde el día en el que María se marchó del piso conyugal y ya se había producido el divorcio.

A María, por decisión judicial, le quedó una notable pensión compensatoria que debía de abonarle Luis mensualmente y también, como era normal, la mitad del valor de la liquidación de bienes gananciales.

Luis siguió con el tratamiento antidepresivo y ya no levantó cabeza, recordando frecuentemente momentos pasados como:

Las discusiones mantenidas con su padre cuando este le aconsejaba que no se casara con la mujer que consideraba para él “inapropiada”.

Los momentos de ilusión con los preparativos de la boda, estando María embarazada de su hijo David, y el hecho, además, de la llamada de la novia a su amante el día anterior a la ceremonia, para que fuera a hacerle su particular “regalito”.

También, en esos días cuando iban a nacer sus hijos, en los que junto a María pensaban en nombres para ellos y también analizando los preparativos respecto a lo que tenían que hacer y llevar cuando fueran al hospital como consecuencia de los partos.

Aquellas noches en las que se turnaban velando a sus hijos cuando estos se encontraban enfermos.

La rosa y la poesía que, por San Valentín, regalaba a su mujer cada año.

Aquellas tardes de novios en el Parque del Retiro, donde en un árbol todavía se puede ver un corazón grabado con las iniciales de los dos.

Vacaciones, celebraciones de eventos familiares, tardes de compras, etc., etc., etc.

Pasaban por su cabeza todos los recuerdos de una vida en común junto a su mujer como si fuera un documental y aquellos momentos que para él fueron de felicidad se habían transformado en verdadero asco por haberlos vivido junto a un ser falso y deshonesto.

Y, sobre todo, pensaba en aquellas noches en las que, siendo joven, se dormía imaginándose tiempos que podía vivir junto a su amor en un futuro.

Eran y se quedaron únicamente en eso, en fantasías de amor en noches de historias sin fin.

## ACERCA DEL AUTOR

De Vicente Cabrera, con 66 años , nacido y residente en Madrid, se podría decir que es un escritor con una clara sensibilidad respecto a los comportamientos románticos de los enamorados.

Fantasías de amor, es su *ópera prima* como escritor de novelas. No obstante, la manifestación de esa sensibilidad romántica, que le caracteriza, la viene expresando, desde hace ya algunos años, a través de la creación musical, siendo autor y compositor de un notable número de canciones.

